PABLO POVEDA

Caballero: Una aventura de intriga y suspense de Gabriel Caballero

Pablo Poveda Books

First published by Pablo Poveda Books 2020

Copyright © 2020 by Pablo Poveda

Copyright © 2023 por Pablo Poveda

Portada Kindle: BCStudio

Portada física: Pedro Tarancón

Imprint: Independently published

Pablo Poveda Books

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

First edition

ISBN: 9781543067323

Cover art by Pedro Tarancón
Proofreading by Ana Vacarasu
Cover art by BCSTUDIO

This book was professionally typeset on Reedsy.
Find out more at reedsy.com

1

Alguien había echado un muerto sobre la ciudad. El ruido de los coches ponía la banda sonora a un día soleado y caluroso de una primavera que sabía a verano. La brisa de aire fresco con olor a mar, a crema solar, lo hacía todo más fácil, como las notas que salían cuando Coltrane tocaba el saxo. Me dejé llevar con la marea humana que recorría la avenida de Maisonnave, embelesado por los bellos rostros de las jóvenes alicantinas, las pieles tostadas por el sol de la playa, las pecas bajo los ojos y esos vestidos que apenas les llegaban a las rodillas. Creí estar viviendo en un cuento onírico, pues no podía pedir más que una cerveza bien fría que aliviara mi garganta en una terraza del centro. Crucé la puerta de unos grandes almacenes y contemplé a esos grupos de empleados vestidos con traje, y con aires de superioridad.

Lo que la educación no lograba, tampoco lo haría un traje de rebajas.

Los días se planteaban como un cubo de Rubik a medio hacer: mi relación con Patricia no pasaba por su mejor momento. Teníamos nuestras diferencias y pese a todo, nos queríamos. Sin embargo, ella buscaba algo que toda mujer pide a un hombre en cierto punto de la relación. Patricia lo llamaba compromiso, yo prefería denominarlo redención. El miedo a

perder lo que ya teníamos por el ansia de poseer un poquito más. Aquellas conversaciones jamás llegaban a buen puerto: ni las suyas, ni las nuestras. Era uno de los muchos errores que cometemos como seres humanos y no podía culparla de su pasado educacional. Lamentablemente, Patricia esperaba que algún día me convirtiera en lo que nunca sería; que fuese el novio perfecto y ambicioso del que todas sus amigas hablaban. El chico de las regatas, los fines de semana en el club de golf de San Juan; el guapo de alta alcurnia que había terminado su maestría en Administración de Empresas; el mismo patán que veía desde las aceras subido a un Audi descapotable con una rubia al lado. Eso era lo que ella buscaba alcanzar, una pose, una sensación de bienestar, de fachada y aprobación social. Predicarlo a los cuatro vientos y creer que, al fin y al cabo, estábamos haciéndolo bien. Nada más que eso. Las personas más débiles tienden a escuchar las opiniones ajenas para terminar creyéndoselas. El problema siempre reside en que, en la mayoría de los casos, esos comentarios vienen de aquellos a los que menos conviene escuchar.

Me deslicé en línea recta en dirección a la avenida de Federico Soto, a paso lento pero seguro„ como el protagonista de aquel clip musical que caminaba por la Quinta Avenida de Nueva York. Me sentía bien, estábamos en mi parte favorita del año y podía decir que vivía en el mejor lugar del Mediterráneo. Al pasar por una cafetería mundana pero con encanto, me topé con una morena de cuerpo esbelto y pechos redondos, vestida de negro oscuro, como el color de sus ojos. A veces, los ángeles también trabajaban y ella era uno de ellos. La chica observó mis pasos, pendiente de lo que iba a hacer. Esbocé una sonrisa y bajé mi rostro con ademán de saludo, como se hacía en los viejos tiempos.

Los hombres de mi época se fijaban más en sus músculos y en los relojes caros que en las doncellas que aparecían tras los portales.

La muchacha me devolvió la sonrisa y mostró una dentadura blanca y perfecta que hacía juego con sus labios carnosos. Me enamoré de ella, una vez más como de la vida, de su sonrisa y de su razón de ser. Me enamoré del sol que me pegaba en la frente y me hacía sudar.

Seguí y pasé por delante de un kiosco de prensa y me fijé en las portadas.

Las apariencias siempre engañaban, las mías, las de aquella chica, las de mi trabajo como periodista. Informar no era más que un término abstracto, idealizado, tal vez como el amor, la muerte o la ausencia de un ser querido. Dicen que el amor es eso que sucede mientras la persona que deseamos se encuentra ausente. El periodismo no podía ser menos y ser reportero en una ciudad como Alicante, donde nunca pasaba nada, se convertía en una labor de artesanía, de trabajo bien hecho, de ficciones verosímiles, que no veraces.

Ataviado con mis Wayfarer negras para protegerme del Lorenzo, me detuve en un paso de cebra.

El móvil vibró en el interior de mi bolsillo.

Saqué el aparato, desplegué la carcasa y me lo acerqué a la oreja.

—¿Dónde diablos te metes, que no es en la oficina? —gritó una voz dolorida, raspada por el tabaco negro. Era Ortiz, el director de la redacción de Las Provincias en Alicante.

Mi jefe.

—¿Qué sucede? —contesté—. Había salido a comprar algo.

—¡Déjate de monsergas, Caballero! —dijo al otro lado. Parecía irritado—. Deberías estar aquí, escribiendo el dichoso

artículo universitario. ¿Cómo es que veo tu maldita silla cogiendo polvo?

Lo había olvidado por completo.

Un sudor frío me recorrió la espalda. Ortiz me estaba dando un ultimátum y no podía meter la pata de nuevo.

—Ya voy, ya voy… —dije sacando un Marlboro aplastado del bolsillo trasero del pantalón—. Tengo el artículo a punto, jefe…

—Más te vale —contestó y colgó sin darme tiempo a réplica.

—Maldito seas… —dije al aparato sin respuesta.

Encendí el pitillo y di una profunda calada.

Sería una jornada larga.

2

Las elecciones para el cargo de rector de la Universidad de Alicante habían llenado las portadas de los diarios durante los últimos días. Al parecer, no sólo a los estudiantes les afectarían los cambios de quien saliera elegido finalmente. Mónica Llopis, una joven treintañera de larga melena castaña y gafas de pasta, doctorada en Bioquímica, tenía todas las papeletas para convertirse en la primera rectora de la Universidad de Alicante. Además de un buen par de ovarios, Llopis parecía poseer todo lo necesario para dar órdenes sin echarse atrás. Educada en Valencia, dominaba tres lenguas extranjeras, tenía don de gente, conocía las normas del buen vestir y, cómo no, estaba bien relacionada. Tras una apariencia delicada y tímida, Mónica Llopis sabía seducir a la audiencia, tanto a profesores como estudiantes, para convencerlos a todos de lo que realmente necesitaba la Universidad: un empuje económico.

Hasta el momento, siempre había dado una imagen decente y comedida: sabía de lo que hablaba y no hacía falta ser muy listo para entender que aquella mujer era lo que necesitábamos todos. Los tiempos de bonanza económica estaban convirtiendo las facultades en meros monumentos políticos. En menos de cien kilómetros se podían encontrar facultades clónicas, vacías y con un profesorado detestable. En unos años, la provincia se

infestaría de licenciados en abogacía vendiendo contratos de telefonía a domicilio.

La razón por la que Ortiz me habría encargado una noticia así, y tal vez la última, no fue otra que la cercana amistad que me unía al segundo candidato a rector: Antonio Hidalgo.

Hidalgo era periodista de vocación, titulado y con años en El País y la Televisión pública bajo las espaldas. Un decenio físicamente más viejo, aunque tan canalla como cualquier otro corsario de la noche. Nuestro primer contacto no llegaría hasta uno de esos malditos cursos de verano. Tenía que completar la lista de los créditos universitarios y opté por hacer uno de escritura creativa. Entre el calor y las ganas que tenía de marcharme de casa, Hidalgo fue un buen sparring para achacar mis crisis creativas y animarme a escribir mi primera novela. Tras los cafés en la facultad y las charlas entre copas y vasos de tubo, los relatos de Bukowski y el misterio de Thomas Pynchon, Hidalgo y yo comenzamos a forjar una relación que nos arrastraría a los mismos infiernos de la noche.

Pasaron los meses y dejamos las reuniones de las cafeterías para llevarlas a los bares del centro de la ciudad. Me encontraba en mi último año de carrera y él en el mismo, pero de su matrimonio. Poco después llegaría el divorcio y una trilogía llamada Pausa con la que terminaría siendo portada del dominical de El País.

Hidalgo era el profesor eternamente joven, bello y enrollado que se llevaba bien con todos, el crápula nocturno que se aflojaba el nudo de la corbata cada noche que pisaba las calle Castaños. Las sirenas perdidas en la búsqueda de sí mismas eran carne de cañón para un hombre que soñaba idealizando al sexo opuesto. Hidalgo, el escritor maldito, el literato abandonado, perdido en cada rincón de cada calle como un Oscar Wilde de

provincia, ebrio y con la sonrisa entumecida.

Nos creíamos dos libertinos relativos a otra época, él rubio y yo moreno.

Compartíamos un código moral similar y sabíamos cómo hacer desaparecer el dinero de nuestras manos.

Hidalgo se presentaba como segundo candidato a rector en unas elecciones que habían logrado despertar el interés de los mismos alumnos universitarios. Para él suponía un nuevo reto: asumir una responsabilidad tras el horror de su matrimonio. Tal vez aquello salvara la situación conyugal y su mujer le diese una segunda oportunidad antes de arruinarlo. Tal vez, no. Sea como fuere, Hidalgo creía en la magia y en los milagros. Aprovechar la situación y hacerse con el voto joven no supondría un problema para él.

Ortiz estaba empecinado en que me hiciera cargo del seguimiento y le sacara todo el jugo posible a mi amistad. Apenas llevaba un año allí, pero ya era consciente de lo que vendría después. El periodismo se encontraba en sus horas más bajas. La falta de un modelo económico y el escaso interés del ciudadano, nos llevaban al naufragio. La crisis que se avecinaba traería consigo recortes. Ortiz había trabajado toda su vida en un periódico, no sabía hacer otra cosa. Todavía redactaba sus artículos en viejos procesadores de texto en blanco y negro, pese a tener la última tecnología a sus pies. Sacar una exclusiva en la edición del Levante nos ayudaría a ganarle terreno a la competencia. Por otro lado, cada vez era más frecuente encontrar estudiantes pululando por las redacciones, becarios sin remuneración alguna que les diese de comer y jefes enfadados que hacían de hombres orquesta. Ortiz era un perro viejo y simpatizaba poco con el talante de Hidalgo. No obstante, entendía que un periodista como rector

de la Universidad de Alicante le serviría de trampolín para acabar dando clases en la facultad.

Sentado frente al monitor, di un bocado a un bocadillo de queso que había terminado comprando en la tienda de abajo.

El polvo se amontonaba sobre las letras del teclado.

—¿Has averiguado algo? —dijo Ortiz acercándose por la espalda, embriagándome con su fragancia, mezcla de colonia varonil y tabaco negro.

—No, ¿qué esperabas? —pregunté—. Son las elecciones a rector, no a presidente de los Estados Unidos.

—No me cuentes historias, Caballero… —respondió—. Por el bien de los dos, más te vale que te enteres de los planes de tu amiguito Hidalgo. Con un poco de suerte, terminarás examinando a tus compañeros de facultad…

Pero Ortiz no hablaba de mí, sino de él.

—Mañana son las votaciones y en dos días, la investidura —comenté—. Espero que hayas encontrado a alguien para cubrirlo, porque…

Ortiz colocó su mano sobre mi hombro.

—Caballero, con esto vamos hasta el final —interrumpió dejándome a medias—. Te necesito al máximo estos días. Tú sabes cómo hacerlo. Tú lo empezaste y tú lo terminas.

—No me jodas, Ortiz —reproché—. Eso no fue lo que hablamos. Te dije que el viernes tenía planes. Yo me encargaba de la previa y otro…

—No hay más que hablar, Gabriel —interrumpió de nuevo—. No puedo permitir que un becario lo mande todo al traste… No, en este día.

Apreté el puño con todas mis fuerzas y aplasté con un golpe seco el emparedado contra la mesa.

Ortiz me dio una palmada seca en el hombro. El silencio

abrumador inundó la redacción. La segunda palmada bajó lentamente hasta el brazo y provocó un golpe más hueco que su antecesor.

—Dale duro, genio.

Después dio media vuelta, regresó a su despacho y cerró la puerta con fuerza.

El jefe me apretaba por donde mejor sabía. Una discusión más y habría perdido el trabajo para siempre.

Escribir era lo único que sabía hacer y por muy mal pagado que estuviera, todavía no gozaba del éxito suficiente para abrirme hueco entre las grandes publicaciones.

Agarré el viejo teléfono y sopesé las posibilidades antes de hacerlo. No me lo perdonaría. Pensé en levantarme, ir hasta su despacho y decirle que abandonaba, pero no logré hacerlo. Así que desbloqueé el terminal e invoqué a las musas para dar un toque poético a las malas noticias que iba a transmitirle a Patricia.

Nuestros planes, una vez más, se aplazaban por culpa del trabajo.

Mi relación se hundía como el Titanic y yo me ahogaba como DiCaprio entre las paredes de la maldita redacción.

Preparé otro café y decidí centrarme en el perfil de Mónica Llopis. Por alguna razón, su historia me resultaba más interesante que la de mi compañero de correrías.

Además de revisar las fuentes oficiales, un ágil reportero debe buscar en lo más profundo de su ser. La Red se había convertido en un pozo de petróleo informativo sin fecha de caducidad. En el pasado, la historia podía ser tergiversada con cierta facilidad. En la era de Internet, la información digital no olvidaba.

Por tanto, se imponía dejar las notas de prensa y los expedientes académicos a un lado para concentrarme en sus

perfiles sociales. En una época en la que fantasear con todo se encontraba a golpe de clic de ratón, no me cabía duda de que el perfil de Facebook de Llopis contentaría mis necesidades.

Una anodina foto de perfil entre palmeras, común y sin segundas interpretaciones. Una página oculta a los desconocidos. Así era ella, calculadora, fría y anticipada al error. Frente a la pantalla del ordenador, me sentí como Alicia siguiendo al conejo, a punto de colarme por la madriguera.

¿Qué ocultas, Mónica?, pensé.

Recurrí a su expediente académico y no pasaron más de diez minutos para encontrarme frente a la lista de estudiantes que habían cursado con ella Biología Molecular en la Universidad de Valencia. Un nombre y dos apellidos me llevaron a otra página que terminó conectando con un antiguo grupo de estudiantes.

Entonces vi su nombre junto a una dirección de correo electrónico.

Gracias a varios trucos aprendidos mientras cubría una conferencia sobre seguridad informática en el centro cultural de la CAM, no tardé en acceder a sus álbumes privados de fotos.

—Bravo, Gabriel —dije en voz alta. Nadie me escuchó. Para entonces, Ortiz se encontraría jugando al póquer en línea o viendo una película en su oficina.

No pude experimentar mayor decepción al comprobar que Mónica Llopis había sabido jugar sus cartas.

Las únicas fotos que albergaban ese álbum, no eran más que recortes de prensa digitales e imágenes de archivo en diferentes actos públicos.

Mónica dando una conferencia.

Mónica sonriendo ante la cámara.

Mónica rodeada de hombres.

2

El reloj marcaba las siete de la tarde.

Había desperdiciado el maldito día y no tenía nada.

La emoción se desvanecía como polvo de estrellas sobre las teclas negras.

Pronto alguien se dejaría caer por allí en busca de responsabilidades. Los nervios afloraron debido a la presión del momento y la procrastinación que me perseguía desde hacía meses.

Demonios, Llopis, has jugado conmigo, me dije.

Cerré la ventana del navegador y regresé al editor de texto cuando algo destelló en mi cabeza. Regresé al álbum de fotos privado del perfil de Facebook de la candidata.

Entre los hombres había un rostro que se repetía.

Una, dos… y hasta tres veces.

Un hombre algo más alto que ella, siempre vestido con americana, metido en la treintena y con el pelo castaño peinado hacia atrás.

A diferencia de Antonio Hidalgo, Mónica Llopis era de sobra conocida entre sus círculos por ser una mujer que anteponía su labor a las relaciones íntimas.

Por fin, me había colado en la madriguera.

3

Una vez más, las agujas eran más rápidas que mis piernas.

Los malditos vermús matinales en la barra del Sento, uno de mis bares de tapas favoritos de la ciudad, me habían hecho perder la noción del tiempo entre las paredes de aquel bar hasta que sonó el teléfono.

No era Ortiz, sino Pacheco, el fotógrafo que trabajaba con nosotros. Se encontraba en el paraninfo de la Universidad de Alicante.

Mónica Llopis sería investida como la primera rectora de la historia de la Universidad.

Tenía una hora para llegar.

Hidalgo no lo había logrado y yo me había tomado la molestia de celebrarlo por él. Todo había sucedido de una forma tan rápida e inusual, que resultaba difícil saber en qué día me encontraba.

Pagué la cuenta y salí a la calle en busca de un taxi que me llevara al campus de San Vicente.

El sudor pegajoso de principios de junio recorría mi espalda como una cascada. Supuse que tendría una mancha tan grande como el dorsal de Ronaldo.

Una vez que el taxi me hubo dejado junto al aula magna, corrí y corrí, tropezándome con los curiosos que por allí pasaban.

3

El paraninfo de la universidad era una gran platea dividida por tres bloques de butacas, un anfiteatro y un escenario de casi veinte metros de largo. El salón estaba a rebosar de invitados. Al cruzar el vestíbulo, a lo lejos, observé rostros conocidos: el resto de mercenarios de la prensa, políticos, el presidente de la Generalidad Valenciana y Pacheco sujetando su cámara de fotos.

Me escabullí entre las butacas, llamando la atención de los ponentes y molestando a invitados y presentes que escuchaban el soporífero discurso que el antiguo rector estaba dando, con elogios a su sucesora. Mónica Llopis llevaba un vestido azul de gala, discreto y formal, dejando una vez más a la luz su marca propia. Una filosofía que marcaría el futuro de los estudiantes como el de los salarios profesionales.

La miré a los ojos. Parecía nerviosa, entusiasmada por el momento.

Entre las sombras que acompañaban a la audiencia, pude reconocer el rostro de Hidalgo, sentado en un rincón junto a otro profesor de la facultad de Humanidades. No parecía haber recibido bien el golpe.

—Ya estoy aquí… —murmuré junto a Pacheco, que no parecía decidido a tomar la iniciativa para largarse de allí—. ¿Me he perdido algo?

—Llegas por los pelos, Gabriel —dijo con voz afectada—. ¿Qué es ese olor?

—Tú haz fotos, que te pagamos para eso —contesté—. De las preguntas ya me encargo yo.

Sin dirigirme la mirada, guardó silencio y continuó disparando ráfagas por su objetivo.

Entonces, Mónica Llopis se puso en pie y se dirigió al estrado para decir unas palabras. Un silencio insoportable y vacío llenó

la sala.

Con la delicadeza que le caracterizaba, esbozó una sonrisa y carraspeó con dulzura. Miró a los folios que tenía delante y dio un pequeño golpe a la cabeza del micrófono. Era su momento, la estrella estaba a punto de brillar.

Pero algo sucedió.

—¡Haz fotos de esto! —dije agarrando a Pacecho del brazo.

La mujer se aferró con las dos manos al atril. Se estaba mareando en público, delante de todos. No lograba respirar. Contemplé su rostro y sentí que luchaba por no desplomarse allí mismo. De pronto, su semblante empalideció y los músculos de su cara temblaron. Llopis no logró enfrentarse a aquello que luchaba contra ella. Primero dio un pequeño puntapié y después dio un paso hacia atrás. En cuestión de pocos segundos, la nueva futura rectora se desplomó en el escenario perdiendo la consciencia por completo.

—¿Tienes eso? —pregunté.

El antiguo rector se levantó para socorrerla.

—¡Llamad a los servicios de urgencias! —gritó el hombre.

La multitud se desplazó de sus asientos para acercarse a la tarima.

—¿Es un mareo? —preguntó el presidente olvidando que los micrófonos seguían abiertos.

—Menudo marrón… —dijo el decano.

Uno de los invitados levantó la mano alardeando de su doctorado en medicina. Saltó con agilidad sobre el escenario y le tomó el pulso a la mujer.

—No me jodas, Mónica… —dijo el médico. La conversación se oía por todo el salón—. Venga mujer, sé fuerte…

—¿Está muerta? —preguntó el presidente, absorto como quien visita un zoo.

—No tiene pulso, hay que reanimarla.

—¿Eres amigo suyo? —preguntó el decano.

—Soy de la Facultad de medicina —contestó el hombre, abrumado—. ¿Qué cojones importa eso ahora?

—Vaya mal fario para el rectorado… —comentó alguien que se encontraba abajo.

Un equipo médico de tres mujeres y dos hombres, procedentes del SAMU, entraron en la sala como una máquina de ferrocarril.

—¡Todo el mundo fuera! ¡Por favor! —bramó la mujer que encabezaba la cuadrilla—. ¡Pero ya mismo!

Di un vistazo a la sala y observé a Hidalgo escabullirse por una de las puertas laterales. No daba crédito a lo que presenciaba. Los invitados comenzaron a ponerse nerviosos.

¿Cuál era el siguiente paso? La nueva futura rectora se moría in situ minutos antes de que la invistieran.

La adrenalina de saber qué estaba sucediendo y fantasear con ello, me superaba. Me deshice de los círculos de prensa, caminando cabizbajo en dirección contraria, antes de que una mujer del SAMU se diese cuenta de que era uno de ellos. Aprovechando la oscuridad, el único modo de quedarse allí era escondiéndose, y así hice: me acosté entre los butacones que estaban a la sombra para escuchar lo que decían.

—Mierda, José Luis… No respira —dijo uno de los médicos.

—Ponle un miligramo de epinefrina —contestó el otro hombre.

El cuerpo de Mónica seguía en el suelo.

—No va a reaccionar. Se nos ha ido… —añadió una de las mujeres.

—Coño, Juana, no seas tan agorera…

—¡Hagan algo! ¡Por el amor de Dios! —exclaó el antiguo

rector echándose una mano a la cara mientras con la otra se aflojaba el nudo de la corbata.

Entonces, sentí que algo tocaba mi pie izquierdo.

—¿Señor?—dijo la médico que había echado al resto de periodistas.

—¿Sí? —respondí como un burdo niño de cuatro años.

—Haga el favor de salir de aquí ahora mismo, se lo ruego —ordenó con cara de pocos amigos.

Giré el cuerpo, miré a la mujer, que tenía el pelo ensortijado y la expresión de una madre decepcionada. Sin mediar palabra, me recompuse y salí de allí sin rechistar como si me hubiese arrepentido de lo que había hecho.

Necesitaba fumar, hablar con Hidalgo, ordenar las ideas.

Salí del edificio y me dirigí a la entrada principal.

Saqué un cigarrillo, lo encendí y di una profunda calada.

Al exhalar como un tubo de escape sentí una presencia por el rabillo del ojo. Me estaba observando.

* * *

A mi vera se encontraba un hombre con gafas de alambre y estatura media. Llevaba un jersey de rombos y unos vaqueros. Tenía un principio de calvicie, algo de sobrepeso y no parecía peligroso sino todo lo contrario.

—¿Ocurre algo? —pregunté hastiado.

—Me cuestionaba si podría invitarme a uno… —respondió con una voz blanda y armoniosa que salió de su diafragma. El hombre parecía poner más atención a sus pensamientos que a mi presencia. Saqué un pitillo y se lo entregué. Me dio las gracias y se encendió el cigarro con un mechero de piedra. Observó la boquilla y dio una calada. Ambos en silencio, me

pregunté quién sería el primero en romperlo.

—¿Eres de la prensa? —pregunté sin reparos, sabiendo que no pertenecía al gremio.

—¿Yo? No… —contestó el tipo mirándome con gracia—. En absoluto, qué cosas… Soy un profesor universitario… Vaya, hacía años que no me fumaba uno.

—Eso no te hará ningún bien.

El hombre mostró su sorpresa.

—Hombre, con la que está cayendo… —dijo preocupado—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Pues cada uno a su casa, digo yo…

—Lo que acaba de suceder nos pone a todos en una situación comprometida —respondió mirando al suelo—. Dudo que alguien quiera presentarse como rector a partir de ahora.

—Al menos, la universidad cobrará algo de fama, ¿no crees?

—Tú sí que eres periodista, ¿verdad?

—Tienes buen olfato.

—No, es que dices demasiadas tonterías —contestó el hombre—. Pero vaya, como todos los de tu gremio… Lo que le ha sucedido a Mónica Llopis es muy grave… Espero que no manchéis su nombre con el fin de vender más ejemplares.

—Nadie compra periódicos hoy en día, así que ahórrate el monólogo… —respondí—. Todavía no sabemos qué ha pasado ahí dentro. ¿De qué conocías a Llopis?

El hombre miró a ambos lados. No había nadie a nuestro alrededor.

—Éramos amigos. Trabajamos juntos durante años.

—Entonces, tú también eres médico.

—No, soy doctor. Biólogo, para ser más preciso —remarcó—. Mónica y yo trabajábamos en el mismo departamento… Menuda desgracia, qué vamos a hacer ahora… Por el

bien de todos, espero que no pongan de postizo al patán ése la Facultad de Humanidades…

—¿Crees que alguien tenía interés en quitarse de en medio a Llopis? —pregunté ignorando el comentario hacia mi amigo.

—Pues, no, no sé… pero no lo descartaría —contestó el tipo—. Todo es posible.

Cuando el eco de las últimas sílabas resonó en mis tímpanos, vi una figura que cruzaba la puerta del edificio. Curioso, dejé a un lado las preguntas del profesor que se repetían sin cese para centrarme en aquel rostro. Era el mismo hombre que había visto en las fotos del álbum privado de Mónica Llopis. Un desconocido al que pronto pondría nombre.

¿Qué diablos haría allí?, me pregunté.

Tan rápido como salió, el equipo del SAMU atravesó la puerta doble con el cuerpo de Mónica envuelto en una manta térmica. Los periodistas volvieron a aparecer como ratas huyendo del fuego para irrumpir en el camino de los servicios médicos.

Se la llevaban al hospital.

No me cupo duda.

Viva o no, eso sólo lo sabrían ellos.

Tiré la colilla al suelo y tomé el camino del desconocido, dejando atrás al científico pesado que me había pedido otro cigarrillo.

Con cierto disimulo, seguí sus pasos desde la distancia, fingiendo que hablaba por el teléfono móvil. La americana de color gris se ajustaba a los músculos de sus brazos fornidos. Su expresión corporal parecía tan concentrada en el dolor, que ignoraba que lo estuviera siguiendo. Al llegar al aparcamiento, el tipo sacó un mando a distancia y las luces frontales de un imponente BMW X3 de color negro se encendieron.

Observé la matrícula y la escribí en un mensaje de texto en el

teléfono.

El hombre arrancó el coche y me atravesó con la mirada. Después aceleró quemando rueda con el fin de intimidarme y se perdió entre el camino de asfalto que lo llevaba a la autovía.

4

Al regresar al paraninfo, la situación parecía haber empeorado. A lo lejos vislumbré a Hidalgo hablando con el resto de representantes de la universidad y un grupo hambriento de reporteros de la competencia. El presidente de la Generalidad abandonaba escoltado el lugar, en un coche oficial que desaparecía a lo lejos. Hidalgo, con los brazos en jarra como un Superman cualquiera, discutía con los representantes frunciendo el ceño y moviendo la muñeca, acusado por el estrés.

Poetizando mi presencia, me acerqué a ellos como quien se deja caer en la barra de su bar favorito. Hidalgo me lanzó una mirada punzante sin abrir la boca.

No parecía estar para bromas.

Atendí a su advertencia y guardé mi insolencia para otro momento.

—¿Se sabe algo? —pregunté, abriéndome paso en el grupo.

—Como estaba diciendo… —titubeó Antonio—. Espero que tratéis la situación con delicadez, ya sabéis. Pronto, la prensa nacional se hará eco, si no lo ha hecho ya. El presidente se ha largado con un mal cuerpo que no veas… Esto sólo deteriora más la imagen que tienen de nosotros.

—No seas tan pesimista, Hidalgo —dijo el vicerrector, un hombre calvo y con bigote que lucía una apretada chaqueta de

tweed—. Desgracias así pasan en todas partes…

—La gente habla, Ramírez, habla demasiado… —reprochó Hidalgo—. Observando la situación política que tenemos, no me extrañaría que ahora los *populares* me señalaran con el dedo.

—¿Los *populares*? ¿A ti? —preguntó el vicerrector—. Pero si tú eres…

Antes de que Ramírez terminara la frase, dos coches patrulla de la Policía Nacional estacionaron frente a nosotros. Las puertas se abrieron, la conversación se disipó como arena en una tormenta de verano. Dos agentes vestidos de uniforme se apearon del primer vehículo para dirigirse al interior del edificio.

Del segundo coche aparecieron dos hombres, uno de ellos sin uniforme oficial. El agente uniformado y más joven que su acompañante, cruzó unas palabras con el campañero y acompañó al resto al interior. El agente de paisano tenía el aspecto de un espantapájaros, con el pelo aplastado, un bigote prusiano cubriendo su labio superior, y las facciones marcadas por el mal humor continuo. Un clásico. Haciendo un trabajo de artesano. Entendí que se trataba de un inspector y que pronto Ortiz me llamaría protestando porque no me encontraba en mi escritorio, a ser posible„ escribiendo la jodida noticia del año.

—Buenos días, señores… —dijo el hombre limpiándose la frente con un pañuelo de tela. El calor intenso de la tarde temprana le formaba redondeles de sudor bajo el pecho. El inspector vestía unos pantalones chinos, mocasines castellanos y un polo Lacoste azul turquesa, de manga corta, metido bajo el cinturón.

Acto seguido, mostró su placa y la guardó de nuevo.

Su presencia no agradó a ninguno de los que nos encontrábamos allí.

—Si podemos ayudarle en lo que sea, inspector… —dijo Ramírez.

—Botella… —contestó—. Inspector Botella, de la Brigada de Homicidios.

—Entonces se puede tratar de un crimen…

El inspector me dio un repaso con la mirada.

—¿Periodista?

—De Las Provincias.

—¿Se encontraba en el interior del paraninfo cuando la señorita Llopis ha sufrido el desmayo?

—No ha sido un desmayo… —dijo tembloroso el vicerrector.

—Nadie sabe la razón —respondió tajante—. Ese es nuestro trabajo.

—Sí, como el resto, supongo…

—Entonces, es un testigo.

—Ya le he dicho que sí —contesté. No entendía su juego.

—Espere aquí, por su bien. Regresaré más tarde —contestó y se dirigió a Ramírez e Hidalgo, señalándolos con el índice de la mano derecha—. Ahora me gustaría hablar con ustedes dos, en privado. ¿Me acompañan?

Hidalgo asintió con la mirada y se dirigió a mí.

—Sé cauto, Gabriel.

El vicerrector Ramírez, nervioso por la situación, acompañaba adelantado al inspector Botella que se dirigía al interior del paraninfo.

De nuevo, solo ante el edificio, tuve la sensación de que se me escapaba algo.

Un número de registro del coche. Eso era todo lo que tenía. Eso y esperar a que Hidalgo me diese señales de vida.

Antes de colapsar en una refriega de pensamientos, el teléfono volvió a vibrar en mi bolsillo.

Era Ortiz, sabía lo que me esperaba tras el auricular.

—¡Todo el jodido mundo está hablando de lo que ha pasado! ¡Y tú! ¡A saber dónde coño estás! —bramó al micrófono.

—La gente no sabe nada, Ortiz —respondí tras un momento de silencio—. Deja de gritarme de una maldita vez o empezaré a no coger tus llamadas.

—No me toques los cojones, Caballero…

—Espero que, por lo que te voy a contar, empieces a tratarme mejor…

—¡No me toques los cojones! ¡Caballero!

—Está bien, está bien… —contesté haciendo un esfuerzo por evitar la risa. Me encantaba imaginar a Ortiz al otro lado de la línea, con el cuello rojo y las venas marcadas bajo su piel de gallina despeluzada—. Han tirado a todos los periodistas del lugar de los hechos, pero por suerte me he quedado yo, que soy más listo… Después han llegado los nacionales… ¿Te suena un tal inspector Botella?

Ortiz guardó el aliento.

—No —contestó—. ¿Botella?

—Sí, leches… —dije—. Brigada de homicidios, Ortiz. Parece que se huelen algo.

—¿Estás tonto? —preguntó con desprecio—. A ése lo ha enviado el *president,* que no te quepa duda, mera burocracia… Por cierto, ¿qué haces que no estás aquí? ¿Escribiendo el maldito artículo para la edición de mañana?

—¡Que sí, joder! —exclamé—. El inspector quiere hacerme unas preguntas, ya sabes, como testigo…

—No lo olvides, las preguntas las tienes que hacer tú, Caballero —dijo—. Por lo que más quieras, date brío y ven cagando leches… Los del Información nos sacan horas de ventaja y desde Valencia no paran de llamar para que explique lo que

está pasando… Como no te traigas algo que merezca la pena, mañana tu silla la va a ocupar otro… Y la mía también.

—Relájate, hombre, que voy a llevar un buen pepinazo.

—Como si me traes un jamón de Guijuelo, Caballero… —contestó ablandando la voz. Ortiz era como el perro que ladra y nunca muerde. Al final, hasta se dejaba acariciar. Me lo había ganado de nuevo—. Haz tu trabajo, averigua lo que puedas y no me saques de mis casillas, que bastante tenemos ya, ¿entendido?

—Una última cosa, Ortiz —dije—. Tú conocías a alguien que trabajaba en la Dirección General de Tráfico, ¿verdad?

—Sí, mi cuñado trabaja en la DGT —contestó con desdén—, pero si me vas a decir que te han puesto una multa…

—Necesito que me hagas un favor, coge algo para escribir y apunta esta matrícula —indiqué, comprobé en el aparato los dígitos guardados anteriormente y se los dicté—. Averigua a quién pertenece este coche.

5

Ortiz no logró demasiado con el dato que le di. El número de la matrícula estaba registrado a nombre de un tal Antonio Maciá, un joven emprendedor que había cosechado éxitos en el lanzamiento de varias *start-ups*. La provincia comenzaba a sentir los primeros brotes del crecimiento empresarial innovador de las nuevas generaciones. Los nietos de aquellos que en los cincuenta reventarían la industria del calzado, aprovecharían la formación privada para importar los modelos financieros que procedían de Norteamérica. Muchos de esos jóvenes adinerados no pasarían el umbral universitario, prefiriendo gastárselo todo en botellas de champán y viajes a Ibiza en el yate de los padres. Aquellos que tomaban el camino más fácil, terminarían viviendo de las rentas de su patrimonio. Sin embargo, los más ágiles aprovecharían la explosión universitaria como excusa para no mezclarse con cualquiera. Hijos que estudiaban en las mejores Escuelas de Negocios de Londres, Suiza, Boston o California. Años más tarde, aprovecharían los contactos y el conocimiento adquirido para independizarse de la familia y devolver el dinero que sus progenitores habían invertido en ellos.

Antonio Maciá pertenecía a esta segunda estirpe.

Al buscar en Internet no logré encontrar ningún perfil social

más allá del de una pequeña *start-up* relacionada con la industria farmacéutica y de la cual era el *CEO*.

Tras la llamada, el inspector Botella regresó al lugar donde nos habíamos encontrado en un principio, para intercambiar algunas palabras. Después de la reunión con Hidalgo y el vicerrector Ramírez, parecía más calmado. El diálogo fue escueto ya que poco podía aportar a la investigación. Botella me advirtió de que no hiciese ninguna tontería y no conseguí sacarle nada. El inspector estaba allí porque lo habían enviado para que pusiera un poco de orden y su rostro manifestaba la insatisfacción de un hombre trabajando en su día libre.

Cordialmente, intercambiamos tarjetas de contacto y me ofrecí para ayudarle en lo que necesitara, siempre que estuviese relacionado con el caso de la señorita Llopis.

Esa misma noche, la competencia había hecho guardia en los aledaños del Hospital Perpetuo Socorro para obtener algo con lo que rellenar las páginas de los diarios. En efecto, la señorita Llopis había fallecido de una parada cardiorrespiratoria, congelando sus pulmones así como los latidos de su corazón. Eso es lo que dijeron. Según los informes, en España, cada media hora alguien sufría paro cardíaco del mismo tipo, por lo que Llopis sólo formó parte de la estadística.

Una desgracia, un drama.

Tras el desastre informativo, Ortiz me dio el día libre para que ordenara mis ideas y descansara tras lo ocurrido. Patricia había hecho planes con sus amigas y todavía seguía sin atender a mis llamadas, molesta por lo sucedido el día anterior. Así que marqué el número de Antonio Hidalgo y concreté una cita para comer juntos y escuchar una opinión ajena.

Nos encontramos en la puerta del restaurante Aldebarán, un lujoso mirador ubicado en la parte superior del Real Club de

Regatas del Puerto de Alicante. Hidalgo había insistido pese a mi negativa. Me encantaban los restaurantes caros y la comida bien hecha, pero no estaba pasando por mi mejor momento económico. Aún así, Antonio dijo que no me preocupara y que disfrutara del día. El *maître* nos guió hasta una mesa redonda para cuatro personas y junto a una cristalera por la que se podían contemplar los barcos atracados en el puerto, la montaña y el castillo de Santa Bárbara protegiendo la ciudad. Miré al centro de flores que había en la mesa y no logré recordar la última vez que había comido sobre un mantel de tela blanca.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Fatal —contesté—. Creo que Patricia me va a dejar.

—No te preocupes, hay muchas Patricias en este mundo.

Hidalgo se encontraba más silencioso de lo normal. El ritmo pausado de sus palabras y una falsa tranquilidad, me hicieron sospechar de que algo le sucedía. Las frases inconexas no iban más allá de lo mundano, como si lo sucedido no hubiese sido más que un hecho insólito, un infortunio indeseable. Consejos paternales, frases con doble sentido. Me puse en su lugar, entendí que no quisiera enredarse en temas dolorosos. Era lo más normal, sentirse así, después de las últimas cuarenta y ocho horas. Pedimos una botella de vino blanco, pulpo a la brasa y un tartar de atún rojo para abrir el estómago. Una vez que el *maître* hubo servido las copas, Hidalgo propuso un brindis.

—Por la vida, Gabriel —dijo nostálgico y levantó la copa—. Hoy nos encontramos aquí, frente al mar, disfrutando del momento y mañana podemos estar criando malvas.

—Salud, amigo —contesté.

Dimos un trago y miré a los barcos, quietos, calientes bajo el sol del mediodía.

—¿Qué quería el inspector Botella? —pregunté.

Hidalgo levantó la mirada.

—Nada excepcional… —contestó—. Ya sabes, las preguntas rutinarias sobre nuestra relación con la difunta y demás… No parecía muy entusiasmado en su trabajo.

—Es un hombre reservado —dije—. Sin embargo, hay algo aquí que no encaja, Antonio.

—¿Hablas de ti mismo en esta mesa o de lo sucedido?

—Muy acertado —respondí después de echarme un trozo de pulpo a la boca—. Con todos mis respetos, como amigo… Los dos sabemos que Llopis tenía todas las de ganar, a pesar de tu buena amistad con los estudiantes y algunos departamentos.

—De hecho, lo hizo. Era su investidura como rectora… —contestó y sonrió—. No me lo recuerdes, ¿vale?

Estaba siendo irónico.

—¿No te resulta extraño? ¿La primera mujer que es rectora y se va al hoyo antes de dar las gracias?

—Claro que sí —dijo y vació la copa de un trago—. Las desgracias que ocurren a otros, también te pueden tocar a ti.

—Era demasiado joven para morirse de un infarto, no sé…

—¿No has leído las noticias, Gabriel? Cada treinta minutos…

—Sí —interrumpí—. Parece que no quieres indagar más, ¿verdad?

—No hay mucho que pueda hacer, amigo… —dijo y miró a copa sujetándola con los dedos—. Auguro un futuro oscuro para mí, para la universidad… para todos. Hubiese preferido perder y que me hubiesen dejado tranquilo… Que no te quepa la más mínima duda de que irán a por mí.

—¿Sospechas de alguien?

—Eres tú quién ha empezado el tema.

Saboreamos el pulpo y el delicioso tartar y pedimos una

segunda botella de vino. Beber nos sentaba bien y a Hidalgo lo relajaba. El *maître* rellenó los vasos y encargamos un arroz negro con mero de plato principal. Los platos que nos habían servido se encontraban casi vacíos.

—¿Qué sabes de un tal Antonio Maciá?

Primer golpe crítico. El vino se le cruzó en la garganta.

—Lo he visto últimamente merodeando por la universidad… —contestó sin demasiada credibilidad—. Parece que Llopis y él eran amigos.

—Ayer también se encontraba en el paraninfo —dije.

—¿De qué lo conoces? —preguntó intrigado. El resplandor del sol se volvía anaranjado tras la ventana. Era hermoso. Único.

—Esbozando el perfil de Llopis encontré su cara en varias fotos oficiales —expliqué—. No sabía quién era hasta que lo vi de nuevo en el salón de actos. Cuando a Llopis le dio el ataque y llegaron los del SAMU, el muy cretino no tardó en largarse cagando leches…

—¿Hablaste con él?

—No.

—¿Cómo conoces su nombre?

—Lo seguí —respondí—. Tomé el número de matrícula.

—Un día te van a partir los dientes, Caballero.

—El que algo quiere, algo le cuesta.

Hidalgo se rio.

—No sé qué tramarían entre Llopis y ese chulo… —arrancó Hidalgo con cierta irritación. A medida que el vino hacía efecto en su sangre, Antonio se volvía más vulnerable a su yo auténtico y dejaba salir lo que realmente sentía—, porque eso es lo que es, un chulo, Gabriel… pero no como nosotros, sino un chulo cabrón, de los que buscan aprovecharse del otro, a cualquier

precio.

Su movimiento hacia lo personal despertó mi curiosidad.

—¿Qué relación tenías con ella?

—Ya te lo he dicho.

—Venga, no fastidies… Que nos conocemos.

—Meramente profesional, Gabriel —dijo mirándome a los ojos—. Es una desgracia lo que ha ocurrido y por eso me siento como me siento. Me abruma pensar que el próximo lunes un fantasma caminará entre los pasillos… No soy muy creyente, pero esas cosas no me dan buena vibra.

—Siempre puedes llamar a los *cazafantasmas*. ¿No?

Hidalgo me miró de nuevo a los ojos. Esta vez era el auténtico que yo conocía, y estalló en una carcajada. Brindamos de nuevo, por nosotros, por las mujeres bellas que caminaban junto a los barcos. El verano estaba por llegar pero el sol calentaba como si ya lo hubiese hecho. Tomé varias notas mentales con las que trabajar más tarde y decidí dejar el tema a un lado, disfrutar de la compañía de mi amigo y brindarle un buen rato, más allá de la broza que se amontonaba a nuestras espaldas.

Después sirvieron el arroz, los cafés y el whisky.

Una vez más, como dos pájaros sin aliento, nos dejamos llevar por la brisa del Mediterráneo y el atardecer nos arrastró con él a lugares inhóspitos de la ciudad.

* * *

Me había vuelto a dormir con la ropa puesta. Una saliva densa producto de la sequedad del alcohol reinaba entre mis dientes. La noche junto a Hidalgo… Se nos había ido de las manos.

Miré el reloj despertador que había junto a la cama. Eran las

cinco de la madrugada.

Había dormido tres horas.

Patricia no había regresado y eso me asustó. La ausencia de calor bajo las sábanas fue lo que me despertó. Mi cuerpo estaba sincronizado al suyo de tal modo que, cuando no se encontraba en casa más tarde de la medianoche, dormir se convertía en un desafío.

Metí la mano en el bolsillo de los vaqueros con un movimiento torpe y saqué el teléfono móvil.

Tenía las sienes inflamadas y me sentía algo mareado. El alcohol empezaba a trasmutar en una fuerte resaca. Necesitaba una ducha y beber agua. Respiré profundamente y miré la pantalla del aparato. No existía ninguna llamada perdida de Patricia en el registro.

—¿Dónde estás? —pensé en voz alta.

De pronto, el teléfono vibró y se me cayó de las manos por la sorpresa.

Lo cogí pensando que sería Patricia con una justificación verosímil o que escucharía su voz ebria y resquebrajada por el alcohol. Ambas situaciones servirían para tranquilizarme.

Pero al descolgar escuché la voz de un hombre.

—¿Gabriel Caballero? —dijo con cierta reverberación al otro lado del aparato.

—¿Inspector Botella? —contesté. Eran las cinco de la mañana. Definitivamente, ese hombre estaba jodido.

—Siento llamarle tan tarde… o tan temprano, según se mire —dijo—. Pensé que le encontraría en el trabajo, ya sabe eso que dicen de los periodistas…

Se equivocaba.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunté sin más dilación.

—Le llamo porque me gustaría reunirme con usted —dijo—, a

poder ser, en un lugar neutral. Creo que usted podría ayudarme con un tema y yo podría ayudarle a usted.

—Ya le dije que no conocía de nada a la señorita Llopis.

—Escúcheme, Caballero —dijo con voz firme—. No se trata de eso, no se preocupe. No obstante, sé que recientemente ha pedido información confidencial sobre el propietario de un coche privado… Lo que ha llamado mi atención, ¿sabe? Entre nosotros, estamos hablando de una práctica no del todo legal.

Me eché la mano a la frente. Estaba ardiendo. El cuerpo destilaba alcohol y el inspector Botella me estaba chantajeando a las cinco de la mañana.

—Le espero a las siete en La Perla —indiqué pensando en un lugar cercano a mi apartamento—. Está por Plaza de España, frente a la Plaza de Toros… No tiene pérdida.

—Entendido, gracias por su colaboración, Caballero —contestó—. Sabía que podía contar con usted.

La madriguera se volvía cada vez más profunda.

6

El inspector Botella esperaba en el interior de la cafetería. Sentado sobre un taburete espuma y con los brazos apoyados sobre la barra de aluminio, daba sorbos a una pequeña taza de café. Eran las siete de la mañana y La Perla parecía que hubiese empezado a funcionar hacía horas. Así eran los bares españoles, siempre en marcha. La clientela matinal:, los taxistas y los trabajadores del barrio que hacían su parada antes de meterse de lleno en las labores. Pedí un solo doble y estreché la mano con el inspector.

—Gracias por acudir —dijo observándome los ojos. La ducha me había revitalizado un poco, pero el escozor de las pupilas seguía siendo molesto—. Parece que has tenido una noche dura, ¿eh?

—Gajes del oficio… —contesté—. Usted dirá, inspector.

El hombre se rio con timidez. En su mirada encontré el carácter de un hombre afligido por algo, ya fuese el tiempo, la vejez, el trabajo o los problemas familiares. Estaba casado, lo supe por la alianza de oro. Sin embargo, no parecía del todo feliz. Botella era uno de esos hombres que había nacido en el franquismo y conocido la llegada de la democracia. Como él, mi padre, sus amigos y mucha gente que poco a poco se iría extinguiendo con las generaciones. Hombres con valores

férreos que se habían forjado en el servicio militar obligatorio. Con una visión reducida y estoica a la hora de hacer las cosas y un carácter recto que no dudaba en solucionar los problemas a golpe de bofetada.

Botella iba vestido de paisano con unos vaqueros y un polo de color negro.

Sobre la barra había una carpeta de color azul que no tardó en abrir para sacar varios papeles.

—Antes de nada, me gustaría que todo esto quedara *off the recurs.*

—Querrá decir *off the record* —corregí. No pareció gustarle.

—Como cojones se diga —contestó—. Entre tú y yo, vamos. Lo que te voy a contar a continuación es confidencial y si abres la boca antes de que te lo diga, te meteré en un calabozo, ¿entendido?

—¿Y por qué me lo cuenta?

—Guarda tus preguntas para más tarde, ¿quieres? —respondió y me mostró uno de los documentos. Era un informe de la autopsia no oficial que se le había hecho al cuerpo de Mónica Llopis—. La fiscalía ha decidido cerrar el caso ya que no se han encontrado evidencias de un posible… asesinato. Quieren evitar un escándalo innecesario y que la fama de la ciudad se vaya al garete. Sin embargo, yo no estoy tan seguro de que haya sido así… y al parecer, tú tampoco.

—¿Por qué piensa eso?

—Me enviaron allí por accidente, ya que el *president* estaba preocupado de que le hubieran puesto arsénico en el café —explicó y se rio—, así que fui para ver de qué se trataba y calmar un poco los humos. Basta que pase algo así para que en las Cortes empiecen a quemar documentos, ¿me sigues?

—Sí, claro.

—A simple vista, aquello no parecía más que una desgracia como las que suceden a diario en esta ciudad —prosiguió—, pero para mi sorpresa, cuando di un repaso a los perfiles personales de la lista de invitados, encontré algo.

El policía sacó otro documento de su carpeta. En este caso, se trataba de una denuncia por alteración del orden público. El denunciado era Antonio Maciá, que había golpeado a un ciudadano por mediar en una discusión en plena calle.

—Visité el lugar de los hechos y busqué los registros de las cámaras de seguridad —dijo con la fotocopia de la denuncia en la mano. Después sacó otro papel con fotografías impresas en mala calidad. En ellas aparecían Antonio Maciá, Mónica Llopis y un desconocido en la puerta de una cafetería—. Y bingo. Allí estaban los dos.

—Se puede tratar de una coincidencia —contesté. El policía sospechaba lo mismo que yo—. Esto sólo lo sitúa como posible sospechoso.

—No me vengas ahora con milongas… —reprochó—. Sólo tuve que descolgar el teléfono y preguntar por su expediente de conductor para que Romero me dijera que la prensa estaba molestando.

—Pudo haber sido cualquiera.

—Cualquiera que tenga un cuñado trabajando en tráfico —sentenció—. ¿Desde cuándo sospechas de él?

—Le pedí a mi jefe que buscara el registro del coche para identificar al propietario —contesté—. Lo vi saliendo acelerado del salón de actos, después de que ocurriera todo.

—¿Os conocíais de antes?

—No —dije—. Pero su cara aparecía en varias fotos junto a Llopis.

—También se puede tratar de una posible coincidencia, ¿no

crees? —respondió con sorna—. ¿Sabes? La diferencia entre tú y yo es que tus hipótesis son sólo eso, cavilaciones que no llevan a puerto por falta de recursos. Por el contrario, las mías se pueden investigar y eso es lo que he hecho.

No soportaba esos arranques de soberbia, pero no tuve más elección que seguir escuchando.

—Sorpréndame.

El hombre volvió a agarrar el informe de la autopsia no oficial y me lo puso delante de los ojos.

—En el cuerpo de Llopis se encontraron restos de ADN de dos personas, diferentes al de la víctima —explicó—. Todavía no he recibido el informe completo.

—Esto lo pone más interesante —contesté. Y así era. Al parecer, mi olfato periodístico estaba en pleno apogeo. Tenía que llegar hasta el final de la historia. Iba a ser el trampolín a las portadas nacionales.

—Me gustaría que vinieras conmigo y conocieras a un amiguete que me está echando una mano en todo esto… ¿Tienes la mañana libre?

—Todo depende —dije pensando en Ortiz y saqué el teléfono móvil de mi bolsillo para que el inspector Botella hiciera la llamada. No le iban a gustar las noticias que traía—. Si la Brigada de Homicidios requiere los servicios de Gabriel Caballero, no creo que haya nada más importante, ¿no cree?

—Déjate de bobadas —contestó con media sonrisa—. No quiero que te hagas falsas ilusiones. Sólo estoy buscando una tercera opinión para completar el rompecabezas… Como ya te he dicho, esto queda *off the recu.*

Reí y no dije nada. El madrugón había merecido la pena.

Aquel hombre confiaba, de un modo u otro, en mi intuición.

La situación se volvía más compleja. Si todo aquello que había

contado Botella era cierto, la posible muerte natural de Mónica Llopis se podría convertir en algo más. Una buena historia propia de los servicios de espionaje ruso. ¿Pero por qué? ¿Quién tendría interés en terminar con la vida de una rectora? Las preguntas se amontonaban entre mis pensamientos como plumas de un edredón.

Necesitaba respuestas.

Aquello me daría tregua con Ortiz, Patricia y mi situación económica.

Pronto los vientos soplarían a mi favor.

El oficial se puso al teléfono, sacó un billete de cinco euros y pagó los cafés.

Después caminamos, subimos a un Ford Sierra antiguo de color azul marino y tomamos rumbo hacia la universidad.

* * *

Al llegar al campus universitario de San Vicente del Raspeig, dejamos el coche en el aparcamiento público y seguimos un camino de baldosas blancas hasta la Facultad de Ciencias. El sol invitaba a que los estudiantes se sentaran en la hierba fresca, despreocupándose de los exámenes de junio por algunas horas. Algunas chicas llevaban carpetas en sus brazos y vestidos cortos que no dejaban a nadie indiferente. Otros jóvenes bebían y jugaban a las cartas en las cafeterías que había a nuestro alrededor. Recordé unos años atrás, cuando yo me encontraba también por aquellos parajes, entre botellines de cerveza y perfume juvenil. Años que quedaron en el olvido, nunca mejor dicho, en el momento que me dieron un diploma y comencé a trabajar. Entonces diría adiós a las vacaciones, a la dignidad, a

la ansiedad por comerme el mundo. Fueron los mejores años de mi vida y, una vez terminados, lo mejor era no pensar en ellos.

El inspector se detuvo frente a un edificio de color marrón, de planta baja y un primer piso. Dos escaleras amplias conectaban la entrada con la primera planta.

—Mi amigo es un buen tipo —explicó el inspector—, algo raro, pero muy amable. No te asustes por sus particularidades, pero tampoco seas demasiado insolente con él.

—Estoy a prueba de bombas, inspector.

—No dirás que te no te lo he advertido —contestó.

Cruzamos la entrada del edificio y dimos con un pasillo que conectaba con diferentes aulas y laboratorios. El inspector caminó con paso firme y yo lo seguí.

—Casavieja, te traigo compañía… —dijo en el umbral de la puerta de un laboratorio. Al acercarme, me encontré a alguien que no esperaba.

—Vaya, si es usted —contestó el hombre vestido con una bata blanca.

El tuteo me demostró la estrecha relación que tenían los dos.

Era el mismo hombre que me había pedido el cigarrillo al desalojar el paraninfo universitario—. ¿Qué haces con un periodista, Botella?

—¿Casavieja? —pregunté.

—De abuelos gallegos.

—¿Os conocíais de antes? —preguntó asombrado—. En fin, qué cosas… Caballero está aquí para colaborar con la investigación, pero ya sabes, *off the recurs*.

—Dirás *off the record*, ¿no? —preguntó el doctor Casavieja.

—¡Tócate los cojones con la maldita expresión! —exclamó el inspector—. ¿Y qué importa, si todos me entendéis?

No pude evitar soltar una ligera risa. El doctor, que parecía sufrir alguna falta de habilidad social, seguía preguntándose qué había dicho mal.

—Sólo estoy aquí para aportar algo de luz a este asunto, nada más —dije.

—Aunque Casavieja es doctor en biología… —me explicó el inspector.

—Biotecnología, Botella —interrumpió—. Que no es lo mismo…

—Como tú digas… —respondió—. El caso es que tiene contactos en todas partes, especialmente entre los forenses de la ciudad.

—Así es —aclaró el doctor—. Digamos que soy uno de esos forenses frustrados…

—Le pedí que nos consiguiera una segunda autopsia de la señora Llopis, que no fuese la oficial, cuyo resultado por alguna extraña razón parece haber sido manipulado de cara a los medios.

—Con todos mis respetos —dijo el doctor—, la señorita Llopis era demasiado joven para morir de un paro cardíaco. Por supuesto, todo es posible, pero aquí en el departamento nunca mostró síntomas de malos hábitos.

—¿Ves, Caballero? Lo que estábamos pensando.

—Mónica era una mujer muy querida por todos, tanto por estudiantes como empleados —prosiguió—. A pesar de que nuestra relación no iba más allá de los laboratorios, nos conocíamos desde hacía veinte años… De hecho, yo estoy aquí gracias a ella.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Eso no me lo habías dicho… —comentó el policía.

—Pensé que no era de interés, Botella —contestó empuján-

dose el puente de las gafas de alambre hacia arriba—. Antes de trabajar en la universidad, Mónica y yo compartimos en equipo en un laboratorio farmacéutico de Valencia. Ella se marchó la primera, después hubo una criba y nos despidieron a todos, pero Mónica supo acordarse del resto del equipo y movió los hilos para acabar aquí, como profesores e investigadores. Gracias a esto, hemos podido llevar a cabo una de las investigaciones más prometedoras a nivel mundial. Gracias al trabajo de todos, los tests finales están siendo positivos.

—Interesante —dije.

—Ya lo creo —contestó—. De no ser por ella, mi vida habría tomado otro rumbo.

—¿Qué nos puedes contar de las muestras encontradas en su cuerpo?

—Existen dos personas, como ya te dije —afirmó el doctor—. Desconocemos sus identidades. No obstante, puedo confirmar que uno de ellos se encontró con ella en más profundidad…

—Aclara eso de que se encontró… —dije.

—Existió un contacto físico.

—Bueno… Eso no tiene por qué significar nada —contesté—. Tal vez, la señora Llopis quisiera llevar su vida privada a una esfera casi desconocida.

—Te doy la razón —dijo el doctor Casavieja—, aunque debo admitir que resulta bastante sospechoso cuando el contexto es una investidura.

—¿Tenía enemigos? —pregunté.

—No que yo supiera… Quizá ese fuese el error, ¿no cree?

—Casavieja, dime la verdad —intervino el inspector—. Dinos por qué deberíamos creer que esto ha sido un homicidio y no una muerte natural.

El doctor nos miró sorprendidos, como si hubiesemos pasado

por alto alguna obviedad del informe.

—Pensaba que habríais leído el resultado de la autopsia… —contestó—. En las uñas y en el pelo, junto al ADN de los dos sujetos, se encontraron restos de As3.

—¿Qué es? —dijo el inspector.

—Arsfenamina —dijo Casavieja—. Un compuesto orgánico del arsénico. El veneno más conocido.

Las palabras del doctor daban un vuelco a la investigación. Si aquello era cierto, lo que había sucedido días antes habría sido un homicidio calculado. Las tripas se me desdoblaron al sentir que el asunto cobraba seriedad. Miré al inspector, abrumado por lo que estaba escuchando. Aquellas cosas no iban con él, no estaba preparado para resolver una situación así. Pedir que reabrieran el caso, sólo lo metería en más problemas, pero lo evidente era que existía un interés para que Llopis no llegara al rectorado.

—No quiero parecer un ignorante, pero… —dije rompiendo el silencio—. ¿Quién demonios puede tener acceso al arsénico? Dudo que lo puedas comprar en cualquier tienda.

—El arsénico se encuentra en muchas partes —contestó el doctor—, sin embargo, la dosis debe ser estudiada para conseguir según qué efectos en la víctima.

—Esto es un ultraje —dijo el inspector—. ¿Qué podría pintar en todo esto el tal Maciá?

—Industria farmacéutica —contesté—. Sé que su *start-up* se dedica a esos temas…

—Joder con los anglicismos —reprochó el policía.

—El trióxido de arsénico se utiliza con los antineoplásicos —explicó el doctor—. Ha vuelto el interés en ellos desde que funcionan con los pacientes que sufren leucemia… Pero es sólo una coincidencia.

—Pues ya tenemos unas cuantas —dijo el policía convencido—. ¿Tú qué piensas de todo esto, Caballero?

Eso mismo me preguntaba yo. En mi cabeza sólo se encontraba la imagen de Patricia al escuchar la exclusiva que estaba a punto de darle. A ella y a Ortiz. Al fin, de una maldita vez, recuperaría la confianza de ambos. Respecto al caso, no sabía qué pensar, aunque sí tenía claro que Antonio Maciá estaba involucrado en el asunto. Sin embargo, algo en mi interior temblaba de nervios. Sospechaba que muy pronto, alguien muy cercano se vería salpicado con todo eso.

—Todo esto son conjeturas —dije dubitativo—. Sólo hay una forma de saberlo…, y es inspeccionando el despacho de la señorita Llopis. Seguro que allí encontramos nuestras respuestas.

7

La mañana se había pasado en un pestañeo, el mismo que casi me deja dormido al subir al Ford Sierra del inspector Botella.

Regresamos a la ciudad y me dejó en la puerta de mi apartamento. Botella insistió en que volvería a contactar conmigo en cuanto supiera algo del segundo sujeto. Era mediodía y las piernas me flaqueaban a causa del insomnio.

Al cruzar la puerta, sentí el perfume de Patricia entrar por mis fosas nasales. Ella siempre usaba una fragancia dulce y fresca que recordaba a un verano infinito. La casa olía a carne picada y cebolla frita y desde la entrada se escuchaba por la radio una canción de Burning.

Me desplacé hasta la cocina y vi a Patricia con un vestido negro de estar por casa, y el pelo castaño recogido en una cola. Ella siempre estaba bonita, incluso cuando no tenía ganas de verme. De pie y con las caderas hacia delante, dejando el ombligo al frente, en una posición corporal como si estuviera exigiendo algo, ponía atención a la salsa mientras sujetaba la sartén por el mango.

—Qué bien huele… —dije amainando el temporal, y me acerqué para besarla en la mejilla. El beso, frío y desmerecido, sonó como un plato roto en aquella habitación—. Te eché de menos anoche, podrías haber dejado una nota.

—Me quedé dormida en casa de Elena —contestó y me miró riendo—. Se nos fue la mano con el vino, lo de siempre…

Abrí la nevera y agarré una lata de Mahou.

Después le di un largo trago. El primer trago de una cerveza bien fría siempre es el mejor de todos.

—¿Sigues enfadada? —pregunté apoyándome en el marco de la puerta.

Ella me miró con la cabeza inclinada hacia bajo.

—No, Gabriel, no estoy enfadada, sólo es…

—Te juro que se lo había dicho a Ortiz, pero ya sabes cómo es.

—Sí, ya lo sé —contestó decepcionada—. También sé cómo eres tú… Bueno, da igual, qué más da, ya ha pasado, ¿no? Ya se ha terminado todo el rollo ese del rector.

—En realidad, no —dije. Sus hombros se tensaron—. Es decir sí, pero no podría haber sido de la peor manera.

—Explícate, porque no te entiendo cuando empiezas con abstracciones…

—Al parecer, tiene toda la pinta de que haya sido un asesinato.

Sus pupilas se dilataron, lo cual interpreté como una señal de alerta hacia nuestra relación y no hacia lo ocurrido.

—Un asesinato.

—Sí.

—Vaya —dijo tragándose la bilis—. Sí que están tensas las cosas por ahí… ¿Vas a comer conmigo?

—Escúchame, Patricia —dije acariciándole las muñecas y cogiendo aire—. Creo que este va a ser el notición del siglo, de verdad. Alguien quería borrar del mapa a la futura rectora. La fiscalía ha cerrado el caso, pero el inspector de Homicidios quiere que le eche un cable con el asunto…

—El inspector de Homicidios.

Toda mi verborrea dialéctica se iba directa al traste.

Perdíamos presión en la nave.

—Patricia, de verdad —insistí—. Esto nos puede sacar de aquí, a ti y a mí, y después escribir un libro o qué se yo… Pero seguro que daría un paso en mi carrera y nos iría mejor.

—¿Pero de qué estás hablando, Gabriel? —dijo ofendida—. Necesitas dormir y tener una vida normal.

—No lo quieres entender, ¿verdad?

—No, majo —contestó malhumorada—. Lo entiendo perfectamente. También entiendo que hace dos semanas que no paras por casa ni para cambiarte de ropa, que tu jefe te tiene atado a la silla y que, casualmente, cuando llamo, siempre estás fuera, con ese amiguito tuyo de la universidad. Entiendo que desde hace tres meses estamos malviviendo y tú sigues creyendo en cambiar el mundo con lo que escribes.

—Me pagan por contar verdades, Patricia —contesté y di otro trago a la cerveza—. Todos necesitamos al periodismo, ese es el auténtico problema de todo esto. Una sociedad desinformada sólo puede volver a cometer los mismos errores del pasado.

—Que sí, Gabriel, lo que tú digas, no pienso volver a discutir contigo sobre esto —dijo ella—. Estoy harta, estoy cansada de todo.

El olor a cebolla frita no fue la causa del río de lágrimas que salían por los ojos de Patricia. Estaba agotada, exhausta, de mí, de ella, de nosotros. La nave perdía su rumbo y nos íbamos directamente a un despeñadero.

La acaricié por la nuca y la invité a que se posara en mi pecho. El sollozo la arrastró a una tristeza profunda. Burning cantaba eso de mujer fatal, siempre con problemas, y mientras escuchaba el estribillo me daba cuenta de que en mi canción, el protagonista era yo y no Patricia.

—Está bien, está bien —le decía—. Prometo que voy a cambiar la situación, de verdad.

Al terminar la música, levantó el rostro y me miró a los ojos con el maquillaje removido.

—Quiero que me prometas sólo una cosa —dijo con la mirada clavada en mi rostro.

—Lo que tú me pidas, amor…

—Prométeme que no te vas a involucrar esta vez en todo ese lío de la universidad, por favor —suplicó—. Sé que no es justo pedirte esto, pero tampoco es justo vivir así, de este modo, Gabriel.

Sus palabras atravesaron mi pecho como una daga rondel, desgarrándome el corazón en partes asimétricas.

Resoplé con todo mi ser.

Patricia seguía ahí, frente a mí, con sus manos sobre mi rostro apretándome los carrillos.

Ella no me creía, le importaba un bledo mi profesión y lo que hacía. Patricia trabajaba en una oficina como contable. Para ella, la información no era más que un pasatiempo del que hablar en las reuniones sociales y así parecer culta ante el resto. Pese a todo, nos queríamos tanto que tardé tiempo en aceptar sus estigmas.

—Está bien, tú ganas —dije, le di un beso en la frente y nos abrazamos.

Ella me besó en los labios y me arrastró hasta la cama.

De nuevo, sentí el calor que emanaba el cuerpo desnudo de Patricia, su delicada y pálida piel y esos pechos con forma de bollo alemán. Hicimos el amor apasionadamente como no sucedía en semanas.

Había sido la primera vez que le mentía de forma fría y calculadora.

Dijera lo que dijese, supe que toda esa historia me saldría cara.

8

El sol se ponía cubriendo la costa y abrazando el hotel Meliá, que había situado junto a la playa del Postiguet. Hidalgo caminaba por el paseo marítimo hasta llegar al café Noray, un bar en el muelle del puerto de arquitectura minimalista, paredes de cristal y alumnio, un tono aséptico y con forma cúbica. En lo alto, una bandera blanquiazul ondeaba con desgana por la brisa del mar.

Hidalgo comprobó su teléfono móvil y no vio ningún registro de llamadas. Después se acercó a la tarima donde se disponían las mesas y se sentó frente a los yates aparcados en el club náutico. Vestía una camisa de tela blanca y unos pantalones chinos de color crema. Remangado y bajo sus gafas de sol de pasta negra, levantó el brazo para llamar al camarero. Éste se acercó.

—Buenas, ¿qué le pongo? —dijo un chico con acento sureño, que llevaba una bandeja redonda de metal en la mano.

—¿Ha estado aquí alguien preguntando por mí? —dijo Hidalgo.

El chico se quedó pensativo.

—¿Cómo podría saberlo? —contestó, franco—. No sé quién es usted.

—Es igual —dijo el profesor—. Una cerveza, por favor.

8

Minutos después el camarero regresó con una caña en su bandeja.

—Marchando.

—Gracias —dijo Hidalgo y dio un trago mirando impaciente su teléfono móvil sobre la mesa. Antes de dejar la copa sobre la superficie de aluminio, una presencia humana lo abordó por la espalda.

—Disculpa la tardanza —dijo una voz masculina. Era Antonio Maciá, peinado perfectamente hacia atrás, vaqueros, gafas de sol redondas y un polo de color naranja—. Es imposible aparcar en el centro.

—Nos puede ver cualquiera aquí —dijo Hidalgo, temeroso—. ¿No había otro lugar en toda la ciudad?

—Relájate, Hidalgo… ¿Quieres? —contestó con voz distendida—. No nos pueden acusar por tomar una cerveza junto a la maravillosa puesta de sol mediterránea. Me encanta esta ciudad, ¿sabes?

Maciá pidió un vermú rojo con una rodaja de naranja, dos hielos grandes y una aceituna. El camarero no tardó en servirlo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Hidalgo. Estar allí lo incomodaba.

—Unos encurtidos, por favor —ordenó Maciá al camarero, ignorando la pregunta de Hidalgo para hacer una pausa y dirigirse a él—. Mi compromiso como patrocinador de la campaña de Mónica ha terminado. No tengo nada más que ver con todo esto… Por el contrario, tú eres el sustituto natural, Hidalgo. No te ha salido tan mal, ¿verdad?

—Así que piensas desentenderte de la universidad, ¿cierto? —preguntó Hidalgo—. Me alegra saber que te perderé de vista, vaya, aunque pensaba que tus intereses eran puramente profesionales, pero parece ser que no…

—Las apariencias engañan, ¿verdad, Antoñito? —contestó—. También pensaba que te encontraría en su funeral, pero no fue así… Una decepción. ¿No querías despedirte de Mónica?

—Tenía otros asuntos.

—Ya… —dijo Maciá con una sonrisa—. Asumes muy mal las derrotas, compañero… Incluso cuando ganas.

—Mira, listo —contestó Hidalgo señalándolo con el índice. Maciá seguía relajado disfrutando de su bebida, con una pierna cruzada sobre la otra y la espalda hacia atrás—. Nunca me has gustado. Desde el primer momento que te vi merodeando por los despachos supe que traerías problemas y así ha sido, salpicándonos a todos… No sé qué planes tienes pero no pienso dejarte dar un paso más.

—¿Estamos hablando de trabajo o de Mónica? —preguntó Maciá, atrevido y con un gesto desafiante en su rostro.

Hidalgo estaba a punto de perder el control, pero la presencia de la gente lo mantuvo en su sitio.

—Si no fuera por todo lo que está sucediendo, te partiría la boca aquí mismo.

—Pero no lo vas a hacer —respondió Maciá acercándose a él con superioridad—, porque no te conviene. Déjalo estar, Hidalgo, tú no eres el tipo de hombre que va cobrándose la venganza por su cuenta… Venga, hombre, no seas tan orgulloso, que nos conocemos… De hecho, creo que te convendría que nos lleváramos bien, al fin y al cabo, te puedo echar un cable callando algunas bocas en el profesorado…

—¿Llevarme bien? ¿Contigo? —preguntó—. Antes reunciaría a mi posición.

—Entonces disfruta de tus días como rector porque la mierda que te va a llover no será poca…

—¡Que te jodan! —exclamó Hidalgo. Los camareros y las

personas que había en las mesas de los alrededores miraron sorprendidos.

Antonio Hidalgo dejó unas monedas en la mesa, se levantó y abandonó el lugar.

Los curiosos observaban la escena murmurando por lo bajo.

—Seguid a lo vuestro —dijo Maciá mientras pedía otro vermú.

El sol se fundía con el mar y el reflejo de la luna se hacía presente.

La oscuridad emepezaba a adueñarse de la noche, marcando una velada que ninguno de los dos olvidaría en un tiempo.

9

El inspector Botella me había dejado un mensaje en el buzón de voz: el doctor Casavieja tenía la llave del despacho de Mónica Llopis. ¿Cómo la habría conseguido? En ocasiones es suficiente la presencia de un inspector y formar parte de una investigación, para que el personal se ponga de tu lado.

Tras descansar un par de días y regresar a la vida cotidiana, dejé a Patricia durmiendo la siesta y me fui directo a la calle. Ortiz me había dejado salir antes. No hablamos demasiado de lo que había ocurrido y en la ciudad, no había más que notas de prensa y alguna que otra inauguración sin importancia. La llegada de dos becarios nuevos a la redacción lo mantendría ocupado un tiempo. Sabía que los días así estaban contados. No le había adelantado nada al jefe aunque sí le había dicho que estaba trabajando en una noticia bomba. Sea como fuere, me creyó, no del todo, pero lo suficiente para dejarme trabajar a solas.

Me subí al Seat Ibiza GTI rojo que había comprado unos años atrás de segunda mano, sintonicé Radio 3 y me lancé por la autovía para regresar al edificio de la Facultad de Ciencias.

Al llegar, allí me esperarían el inspector Botella y el doctor Casavieja. Crucé la entrada y los vi apoyados junto a un panel de cristal donde los profesores colgaban los avisos.

—Buenos días —dije mirándolos de reojo—. No nos meteremos en ningún lío, ¿verdad, inspector?

—Lo único que puede pasar es que este fulano pierda el trabajo —dijo refiriéndose al biólogo—. Sólo bromeaba. Ramiro es amigo del conserje.

—Somos como una pequeña familia —contestó el doctor con una sonrisa bonachona—. Si algo le pasó a Llopis, los que trabajamos con ella queremos saberlo.

—Ah, Caballero… —dijo el policía dirigiéndose a mí—. Esto también queda…

—Sí, ya sé —interrumpí—. Todo es *off the record.* No se preocupe, inspector. ¿Se sabe algo de los análisis?

—Todavía no. Te lo haré saber tan pronto como los tenga.

Caminamos siguiendo los pasos del doctor Casavieja que nos llevaron a una segunda planta de oficinas y despachos minúsculos. Cada puerta tenía un ojo de buey como en los camarotes de los barcos. Las habitaciones estaban vacías. Ninguno de los profesores de la universidad se encontraba corrigiendo exámenes.

—Qué tiempos… —comenté mientras nos dirigíamos al final del pasillo—. Recuerdo haber visto de todo por estos lugares.

—¿Como qué? —preguntó Botella, intrigado.

—¿Tiene hijos, inspector? —pregunté.

—Sí —contestó—. Una hija de diecinueve años. Estudia abogacía.

—Ay, Botella, ni te imaginas de lo que es uno capaz por pasar un examen… —contestó el profesor.

—Prefiero no saberlo —dijo, tenso—. ¿Dónde está el maldito despacho?

—Aquí —indicó Casavieja e introdujo la llave en la última puerta que había a la derecha—. Este es el despacho de Mónica

Llopis. Sed cautos, no querréis dejar rastros por si se reabriera la investigación, ¿verdad?

La puerta se abrió hacia el interior. El despacho estaba formado por dos sillas, un modesto escritorio con una foto de familia, enmarcada, un ordenador de sobremesa y un calendario de cartón. También había un dispensador de agua con el depósito azul lleno.

A la derecha de la silla giratoria del escritorio se encontraba una pequeña estantería con archivadores de colores, libros, manuales de biología, economía y Derecho administrativo.

Como no había mucho espacio, nos dividimos las tareas: Casavieja vigilaría si alguien se acercaba al pasillo y Botella y yo pegaríamos un vistazo. El doctor se quedó frente a la puerta, mirándonos al mismo tiempo que ladeaba la cabeza con el sudor en la frente. Parecía asustado. Aquella situación nos ponía a todos de los nervios.

Botella agarró el calendario y miró los días anteriores al suceso.

—Nada interesante —dijo abriendo uno de los últimos cajones del escritorio—. ¿Hay algún modo de encender el ordenador?

—Pruebe a pulsar el botón de encendido —contesté.

No dijo nada pero tampoco me lo agradeció.

El sistema se inició en un escritorio limpio, sin rastro de documentos. Indagamos por las carpetas principales y no encontramos más que documentos y cartas formales que la señorita Llopis había impreso.

—Abre el correo electrónico —me ordenó el inspector—. Seguro que encontramos algo de valor.

Pero no hubo suerte. Mónica no sólo había eliminado los correos recibidos sino que tampoco había dejado señal de los

enviados. Era una mujer calculadora y sabía lo que hacía en cada momento. Aunque el correo que utilizaba estaba asociado a la facultad, todo resultaba demasiado perfecto, formal, dentro de lo mundano. La verdad era que, pasado un tiempo, ningún profesor mantenía el orden ni respetaba las normas. Después de un período de adaptación, cualquier empleado utilizaba en algún momento el servicio de mensajería para enviar alguna estupidez o hacer contacto con alguien de su vida privada. La comodidad, la falsa sensación de seguridad era lo que causaba esto.

—Esto es una perdida de tiempo —dijo el inspector—. Sin pruebas, no podemos ir a ninguna parte, y mucho menos a su apartamento.

—Tiene que haber algo, inspector —contesté—. Algo que se nos escapa.

—Me temo que el tiempo se acaba, Caballero.

—Creo que viene alguien —dijo el doctor al otro lado de la puerta con la frente sudada.

—¡Mierda! —exclamé y di un golpecito a la mesa. El teclado se desplazó unos centímetros y un trocito de cartón apareció de debajo.

—Venga, daos prisa, que viene alguien por el ascensor… —dijo el doctor—. Como nos vean, van a sospechar…

—¿Qué es eso, Caballero? —preguntó el inspector ignorando a su amigo.

Ambos miramos desde arriba. Un trozo de cartón blanco y dorado.

En él se había escrito a bolígrafo, una fecha que era la de dos días antes del fallecimiento de Mónica Llopis.

Era la tarjeta de visita del restaurante Nou Manolín.

—¿Señor Casavieja? —dijo a lo lejos la voz de una mujer—.

¿Qué hace usted ahí? ¿Se encuentra bien?

—¿Eh? ¡Sí! Creo haber olvidado algo… —se excusó el doctor.

Empujé lentamente la puerta hasta cerrarla por completo. Se escuchó un ligero chasquido.

—¿Qué ha sido eso? —volvió a preguntar la mujer acercándose al despacho.

—¿Eh? No, no lo sé… —contestó Casavieja, nervioso.

Señalé a Botella para que se agachara y nos colocáramos en cuclillas en el punto ciego de la entrada.

Aquella señora con tono familiar y repetitivo arrastraba algo con ella. Gracias al olor de los productos, rápidamente supe lo que significaba. Era la mujer de la limpieza y estaba dispuesta a entrar y descubrirnos allí mismo.

La mujer accionó el pomo de la puerta.

—¡Anda! ¡Está abierta! —exclamó con sorpresa y se rio. Casavieja, cada vez más nervioso, rio con ella—. Usted sabe, después de lo ocurrido, quieren que deje esto como una patena, pero no vea el repelús que me entra de pensar…

—Sí, la entiendo.

—En fin, dejemos a los muertos tranquilos, ¿no cree? —dijo la mujer—. ¿A dónde iba? Si no recuerdo mal, su despacho se encontraba en el otro ala, ¿no es cierto?

—Sí, yo me marchaba ya —dijo el doctor sin saber dónde meterse.

Botella y yo nos miramos. Estábamos jodidos. El tipo era un auténtico patán, incapaz de deshacerse de la mujer que limpiaba y capaz de echar por tierra nuestra investigación.

—¡Ah! —exclamó—. Ahora recuerdo por qué estaba aquí.

—¿Sí? Cuénteme mientras empiezo… —dijo la mujer empujando el carro con los productos de limpieza hacia dentro. Botella y yo, pegados a la pared, podíamos ver las ruedas

delanteras.

—La estaba buscando a usted —explicó Casavieja con tono paternalista—. Alguien lo ha dejado todo hecho un estropicio en el cuarto de baño masculino, ya me entiende…

—¡Madre de Dios! —dijo la mujer—. Algunos hombres se comportan como animales cuando no están en su casa.

—Yo, de verdad, lo lamento, señora… —dijo y la dirigió—. Sígame, le mostraré dónde ha ocurrido.

—Sí, mejor así —dijo la mujer—. Total, no creo que venga nadie hoy a ocupar el despacho…

Las voces y los pasos se perdieron en la lejanía. Hice un esfuerzo por aguantar la risa al ver la cara de preocupación que el inspector Botella presentaba, como la de un adolescente después de cometer una travesura.

—Ha estado cerca, ¿eh, inspector? —susurré.

—Vámonos de aquí, Caballero —dijo, todavía con el cuello tenso—. Vámonos de aquí, pero ya.

10

Regresamos al centro de Alicante, disparados como dos flechas hacia sus dianas. Pronto saldríamos de dudas. Si Mónica Llopis había estado allí acompañada en las cuarenta y ocho horas previas a su defunción, lo más probable es que alguien los hubiese visto. Aparcamos junto al Mercado Central, un mercado de abastos que llevaba allí desde 1921 y seguía manteniendo el ritmo y la frescura de los pescadores, verduleros y carniceros de la región. Nos reunimos frente a un quiosco que quedaba a comienzos de la rambla que bajaba hacia el mar.

La tarde del viernes caía dando paso a una noche de jolgorio, turismo estudiantil y vestidos muy cortos, propios del calor de mayo. El sol dorado se escondía tras los edificios y una luna brillante se abría hueco entre el cielo y el castillo de Santa Bárbara, en lo alto de la montaña. Cada vez que miraba hacia arriba y contemplaba la fortaleza, imaginaba la cantidad de hombres, sin distinción de raza, patria o religión, que intentaron llegar a ella. No siempre cualquier tiempo pasado fue mejor, pues de haber vivido en esos tiempos, posiblemente habría sido uno de los que llegaban por debajo.

Alicante era una ciudad pura, con alma de capital y corazón orgulloso. Una ciudad que no temía a las grandes como Valencia o Madrid, a pesar de su oferta limitada. El buen clima, los

huertos de palmeras, las bellas mujeres que caminaban con descaro y una gastronomía propia a lo largo de la provincia, hacían de esa tierra un lugar de ensueño. El estilo de vida era nuestro y sabíamos como demostrarlo. Quien buscaba el pecado, lo encontraba sin dificultad entre las calles.

La humedad del aire se pegaba entre los poros de la piel. El inspector me alcanzó cuando me terminaba el cigarrillo.

—Maldito calor, maldito viernes —se quejó—. Esta ciudad se vuelve un basurero de coches, de gente, de todo… Así no hay quien trabaje a estas horas.

—Hablando de trabajo, usted… —añadí con vacile.

—Métete en tus asuntos, chaval —contestó tensando el bigote y echamos a caminar calle abajo—. He traído algunas fotos de la ceremonia en las que aparece la señorita Llopis junto al resto de invitados.

—Suponiendo que habláramos de un homicidio —dije mientras pasábamos por la puerta de John Mulligan's, un bar discoteca irlandés por el que siempre desfilaba la juventud por sus puertas, sin importar la hora que fuera—. ¿Cree que el autor se encontraría allí?

—Pues claro… —dijo, guardó silencio y se fijó en una chica rubia que llevaba una falda de lentejuelas plateada—. Mira a ésa… Qué tendrá, ¿diecisiete? ¿Dieciocho? Luego vienen las crisis y demás hostias, pero la pones al lado de mi mujer y te hace pensar…

—Por favor, inspector, concentrémonos en el caso.

El inspector Botella parecía sufrir unas de esas crisis conyugales a las que normalmente se les achacaba la edad. Sin embargo, la edad no era más que un número y las crisis parecían estar provocadas por el deseo de la novedad, lo fresco, la necesidad humana de probar lo prohibido, de nacer de nuevo,

sentirse joven y convencerse de que la muerte todavía queda lejos.

—Que sí, Gabriel… —contestó con esa voz raspada que lo caracterizaba—. Si ha sido algo pasional y se trata de un homicidio, normalmente esos cretinos prefieren ver en el acto cómo se muere la víctima… Al parecer, les pone cachondos, o qué se yo.

Guardé algunas notas mentales sobre lo que dijo el inspector. Tendría que revisar más tarde a todos los presentes. Antes de anticiparme a un veredicto, habría de comprobar qué iban a decir los empleados del restaurante, en caso de que quisieran colaborar.

Llegamos hasta la puerta del *Museu de Fogueres*, callejeamos por Bailén y Quevedo hasta alcanzar la calle Castaños y el restaurante Nou Manolín. A pesar de que fueran las siete de la tarde, los bares del Levante español habían creado una tendencia que años más tarde se conocería a nivel nacional como *tardeo,* es decir, cualquier excusa era buena para continuar de marcha tras el aperitivo. La gente no necesitaba esperar hasta la noche, sino que agarrarse una buena cogorza a las tres de la tarde y terminar en una discoteca cuando los niños salían del colegio. Los más maduros que no podían esperar para sentir la zozobra de la resaca del día después, llenaban las terrazas, los restaurantes y las salas de fiesta del centro de la ciudad. Cuando llegamos a Castaños, grupos de chicos y chicas bien vestidos, acicalados como pinceles, disfrutaban en las mesas, unos más colocados que otros, bajo el ruido del atardecer.

El inspector Botella parecía sorprendido por lo que veía, que no era más que el modo en el que la gente de mi generación disfrutaba.

—En mis tiempos era diferente —comentó al mirar los

establecimientos—. ¿Vamos a dejar el país en manos de esta gente?

Entramos en el restaurante, un famoso local cononcido por tener la mejor barra de la ciudad. Contemplé un vaivén de camareros que trabajan sin cese alrededor de una barra cuadrada de madera, con taburetes del mismo material, paredes de ladrillo y todo decorado de jamones e ibéricos que colgaban alrededor del centro. Un grifo de cerveza saciaba la sed de los que, en su mayoría hombres y mujeres pudientes, comían acompñaados de conversaciones ruidosas. Uno de los camareros salió como de la nada con una bandeja de gambas a la plancha, de esas que provenían de la bahía de Dénia. El empleado se las mostró a los comensales de la barra para que diesen la aprobación y después devorarlas. Frente a nosotros, un grupo de mujeres treintañeras nos miraban de reojo tras el cristal de sus copas de vino blanco. Levanté la mirada y giré la cabeza. Las parejas subían por unas escaleras hacia una primera planta. Entendí que allí estaría el comedor principal. El Nou Manolín era un lugar, no sólo de ocio, sino también de reuniones laborales. Un dato que haría temblar la perspicacia del inspector.

—¿Qué les pongo? —dijo uno de los mozos que había tras la barra.

—Una cerveza, por favor —contesté.

—Caballero, por favor… —dijo el inspector Botella—. No le ponga nada… Nos gustaría hablar con el encargado.

—¿Quién lo pregunta? —contestó el empleado.

Botella no tardó en sacar la placa que lo identificaba.

—Inspector Botella, de Homicidios.

El grupo de mujeres dejó de hablar y más de un curioso se giró al escuchar las palabras del investigador.

Un hombre grueso, con la cabeza calva y brillante, apareció en escena vestido con camisa blanca y vaqueros. Amablemente, nos invitó al final de la barra, donde había, tras un cristal, una bandeja de ensaladilla, atún fresco y gamba roja.

—Usted dirá, señor… —dijo el hombre. Parecía exhausto por el ritmo laboral.

—Botella —contestó—. Él es mi ayudante, el señor Caballero. Estamos aquí por un pequeño asunto y necesito hacerle unas preguntas.

—Claro, lo que necesiten. ¿De qué se trata?

Botella sacó de su bolsillo varias fotografías en color del día de la investidura.

El hombre puso los brazos en jarra y miró por encima las imágenes.

—¿Le suena alguna de estas personas? —preguntó.

Yo contemplaba la mirada del hombre para ver en qué fotografía ponía más atención. Reconoció a la señorita Llopis, lo que me dio a entender que no era la primera vez que ella había ido a comer allí. Seguido, observó otra de las fotos y dudó en responder.

—No, no conozco a nadie —contestó con desaire—. Lo siento, ¿algo más?

—Además de a la señorita Llopis, ¿a quién ha reconocido después? —le pregunté.

—Ya les he dicho que no conozco a nadie —dijo, ofendido—. Esa mujer es un personaje público, ¿no? Últimamente está en todos los diarios.

—Venga, cuénteme otra, por favor… —insistió el oficial.

—Lo siento mucho, señor inspector, pero debemos cuidar la privacidad de nuestros clientes —explicó el hombre sintiéndose acusado—. Este es un lugar al que políticos, empresarios y

personalidades públicas vienen no sólo por la comida, que es muy buena, sino también por la privacidad que les brindamos. ¿*Usté* me entiende, verdad?

Botella me miró a los ojos.

—Mire… a ver si usted me entiende a mí —explicó mirando al suelo con voz grave y una mueca diabólica—. Estamos investigando el homicidio de esta mujer, y todo apunta a que estuvo aquí horas antes de su muerte, con un sujeto que, por desgracia, desconocemos… Entonces, a ver si le queda claro… Puede ayudarnos, decirnos a quien vio en esta foto y no volver a vernos el careto, o puede hacerse el valiente, volver a su cocina y le juro que el sábado nos plantamos aquí con dos cojones y una orden de registro… ¡Y a tomar por el culo la jornada del sábado! ¿Qué me dice?

El tipo sudaba tanto que su frente parecía estar pulida con brillantina. Después tragó con tanta fuerza que pudimos oír el crujir de su nuez. Botella le mostró de nuevo las fotos y el encargado no tardó en concentrarse en los rostros.

Pero al parecer, el rompecabezas sólo acababa de empezar, cuando el hombre señaló con su dedo índice y pronunció las palabras malditas.

—Este señor —dijo—. Cenaron juntos en una mesa del salón.

—¿Caballero? —preguntó el inspector. Los dos me miraban, confundidos—. ¿Tienes algo que decir?

El encargado apuntaba al rostro de Antonio Hidalgo en una de las fotos que aparecía a la espalda de Mónica Llopis y del resto de invitados.

—¿Está seguro de que era él? —pregunté con la voz temblorosa. Un nudo se formaba en la boca de mi estómago.

—Tan seguro como del nombre de mi madre —confirmó el empleado.

Antonio Hidalgo, qué habías hecho esta vez.

Uno.

Dos.

Perdíamos toda la presión.

—¿Caballero? —preguntó el inspector dándome un golpecito en el brazo—. ¿Estamos bien o qué?

—No —contesté—. Estamos jodidos, inspector.

11

Con un cigarrillo entre los labios, el inspector Botella hablaba por teléfono a varios metros de distancia, frente a la puerta del Nou Manolín. No podía creer que Hidalgo estuviese metido en un lío tan gordo. No, no era su estilo. Lo suyo eran las faldas, los problemas con el alcohol, la falta de sueño, de respeto hacia otros con tal de provocar una reacción, pero jamás eso. Tiré la colilla al suelo y la aplasté de un pisotón cuando Botella se acercó a mí entre un barullo de gente que se multiplicaba por segundos.

—¿Dónde está tu amiguito, Caballero? —preguntó el policía, bajo las sombras anaranjadas de las farolas que iluminaban la calle.

—No lo sé, inspector —contesté—. Déjeme que hable con él, primero.

—Sí, claro, te voy a dejar —dijo—. Anda, llámalo por teléfono y pregúntale dónde se mete.

—Me refería a hablar con él, en privado —contesté—. Ya sabe cómo se pone la gente cuando hay policía.

Botella dio un paso hacia delante.

—Escúchame, chaval —dijo con su voz de papel de lija—. Lo último que voy a hacer es dejar que le eches un capote a tu amiguito. A estas alturas, no me pongas la zancadilla, Caballero.

—Que no, maldita sea… —respondí echándome hacia atrás—. Simplemente, dudo que Hidalgo haya podido hacer algo así. ¡Qué demonios! Él jamás haría algo así. Estoy seguro de que hay una explicación, Botella. Tienes que confiar en mí.

—El teléfono, Caballero —ordenó como si no hubiese escuchado nada de lo que le había dicho.

Saqué el viejo aparato del bolsillo, busqué el número de Hidalgo y pulsé el botón verde. Botella me hizo un gesto con los dedos para que le diese el poder de la llamada y así hice, entregándole el aparato.

—Manda huevos… —dijo el policía—. Da señal, pero no contesta… ¿Estará ocupado mamándose en algún bar?

Rezaba todo lo que sabía para que Hidalgo, por un craso error, hubiese olvidado el teléfono en casa, lo tuviera en silencio o Dios sabía qué excusa era la perfecta para que no hablase con Botella.

—¿No contesta?

—Toma, anda, a saber dónde está… —dijo y me devolvió el dispositivo. Después miró su reloj de pulsera—. Joder, son ya casi las nueve y media. Mi mujer debe estar preparando la cena y de un humor de perros…

Me acordé de Patricia.

—Será mejor que lo dejemos por hoy —dije—. Nos vendrá bien descansar.

—Has tenido suerte de que tu amigo no contestaba y yo le había prometido a mi mujer ir al cine esta noche.

—Eso debe ser, inspector.

—¿Caballero?

—¿Sí?

—Como te pases de la raya vas de cabeza a la ruina —dijo advirtiéndome con el dedo. El inspector Botella habría hecho

buenas migas con Ortiz—. Así que no te metas en líos, ni le digas a tu amigo que se dé el piro porque lo encontraré y será peor. Me tienes que ayudar a resolver este caso, y si ha sido él quién envenenó a Llopis, tendrá que pagar por ello.

—No lo dudo, inspector.

—Te llamaré el lunes, en cuanto sepa algo del informe de muestras —dijo—. Mientras tanto, no bebas demasiado y mantén la boca cerrada. A tu jefe, ni mu.

—Así haré —contesté comenzando a caminar—. Que tenga un buen fin de semana, inspector.

* * *

Una vez perdido de vista a Botella, me subí al coche y conduje hasta el apartamento. Tenía que pensar en todo lo que había sucedido durante el día. Demasiada información, demasiados hechos.

La guinda del pastel la había puesto Hidalgo con su intervención a última hora. ¿Por qué me ocultaría su relación con Llopis? No había nada por lo que avergonzarse, todo lo contrario. El hecho de que ambos se presentaran a las elecciones de rector comenzó a rechinar en mis oídos a partir de las nuevas informaciones.

Por otro lado, seguía sin saber qué pensar sobre Antonio Maciá. Era evidente que aquel desgraciado le estaba poniendo el pie sobre la puerta a la señorita Llopis. ¿Por qué saldría tan rápido del lugar de los hechos?

Lamentablemente, hasta el momento, todo lo que teníamos eran conjeturas: muestras de arsénico y el ADN de dos desconocidos en el cadáver de Llopis, una empresa farmacéutica

centrada en la oncología y a Llopis e Hidalgo cenando en el Nou Manolín.

La historia carecía de pies y cabeza.

Podría haber sido cualquiera, incluso la mujer que entraba a limpiar los despachos de los profesores.

Aparqué el coche cerca de la Plaza de Toros y subí a pie. Compré algunas latas de cerveza y un paquete de salchichas, olvidando que Patricia estaría esperándome con el ceño fruncido.

Cuando llegué a mi planta, la puerta estaba abierta.

—¿Cómo sabías que era yo? —pregunté. Patricia se encontraba fantástica, vestida con unos vaqueros negros de pitillo, mocasines y una camiseta blanca, con el rostro de Uma Thurman en blanco y negro.

—Teníamos una cita.

Qué extraño. No recordaba haberle dicho nada.

—Aquí estoy —dije—. ¿Una cerveza antes de salir?

—¿Y las salchichas? —preguntó incrédula.

—Son para el trabajo, que no tengo nada…

—¡Vete al infierno, Gabriel! —gritó y cerró de un portazo.

Entré hasta la cocina, dejé la bolsa y abrí una lata de cerveza. Di un largo trago. Lo necesitaba.

—¿Qué te pasa ahora? —pregunté al ver que Patricia no paraba de maldecir a los cuatro vientos.

—¡No! ¡Tú me dirás qué es lo que pasa ahora!

Se me escapó una pequeña risa, producto de lo absurdo que estaba resultado aquello, pero a Patricia no le pareció hacer ni pizca de gracia.

—Patri, escúchame —dije levantando las manos a la altura de su rostro—. No te vas a imaginar lo que he descubierto… Bueno, lo que hemos descubierto el inspector Botella y yo…

—¿Has estado con ese policía? —preguntó llenándose de ira. El dragón estaba a punto de abrasarme con su llamarada.

—Es sobre Hidalgo y la mujer que falleció hace unos días. Lo que hemos destapado no es una broma…

—Maldita sea, Gabriel… ¿Qué te dije?

—Pero… ¡Escúchame! ¡Por Dios! —exclamé molesto al ser interrumpido por enésima vez—. Esto es serio, te lo dije.

—¡No! —gritó y dio un puñetazo a la puerta—. ¡Me dijiste que lo dejarías! ¿Ves? ¡Siempre haces lo mismo!

—¿Pero es que no lo entiendes? —pregunté.

—¡Quién no lo entiende eres tú! —gritó a pleno pulmón—. ¡No-lo-quie-res-en-ten-der! ¡Por Dios Santo!

Los ojos de Patricia estaban a punto de estallar de nuevo en un mar de lágrimas, pero contuvo las ganas y se encendió un cigarrillo.

—¿Ahora fumas? —pregunté absorto.

—Mira… Gabriel, estoy harta —dijo con voz quebrada. La mano le temblaba—. Ya no puedo más. Te di una oportunidad y la has vuelto a cagar en menos de cuarenta y ocho horas, tío… Lo tuyo es para ir al médico, de verdad.

—Patricia, entiéndeme, que esta historia es seria.

—Ya… claro… —contestó temblando—. Hoy es esta historia, mañana será otra y así toda la vida… Tengo un novio al que veo más en la foto que hay en mi monedero que en la vida real. Tengo un novio con el que hablo más por teléfono que en persona… Esto no es vida, Gabriel, tú lo sabes, yo lo sé, me lo dicen todos…

—Tu familia es un poco tóxica, eres muy fácil de confundir, Patri…

—Vete a la mierda, ¿quieres? —contestó. Ella nunca me hablaba así. La bomba de neutrones estaba a punto de estallar—.

Lo he decidido, lo he decidido ya… Me termino este cigarrillo y me largo, así, sin más, se acabó…

—Venga, no digas tonterías, mujer…

—Tienes razón —contestó—. No pienso terminarme el cigarrillo.

Patricia aplastó la colilla contra el cenicero y salió disparada a la habitación. La seguí, observando sus movimientos. Agarró una maleta, echó un puñado de ropa, el ordenador portátil y sus discos de música. Luego la cerró de una patada, empuñó el asa y salió por la puerta.

—¡Patricia! ¡Espera! —exclamé, pero ella ya se había esfumado por las escaleras.

La mujer española, con su carácter tajante e impetuoso. Tan diferente al de otros países, hacía lo que decía y cumplía con su palabra sin vacilar en ello. Patricia se había largado del apartamento, no para siempre, aunque sí para una buena temporada. ¿A dónde?, no tenía ni la más remota idea, pero entendí que estaría bien. La relación había explotado como una granada de mano en pleno Pearl Harbour. Cuando cerré la puerta de la vivienda, encontré pedacitos de corazón esparcidos por las esquinas. Un cuchillo de cocina ensangrentado por las palabras malsonantes, los signos de admiración clavados en la pared y los dolorosos llantos de desconsuelo. Patricia se marchó y se llevó todos sus discos, pero una persona nunca llega a estar sola si cuenta con el saxo de Coltrane. Abrí la caja del Blue Train y puse el compacto en el equipo de música.

Patricia tendría mi respuesta publicada en unas horas. Le iba a demostrar, a ella y a todos, que no era un iluso reportero perdedor, de diario provincial.

Las notas sobrevolaron el apartamento. La cerveza corrió por

mi garganta. Abrí otra lata y una tercera. Coltrane no paraba de lanzar notas al aire. Abstraído en mis pensamientos llegué a la conclusión de que tenía que lanzar un cebo a nuestro presunto homicida. Tenía las pruebas suficientes para que reabriesen el caso y poder marcarme un tanto ante la competencia, Ortiz y el resto del mundo. Sólo tenía que emparejar las hipótesis, usar la edición del día siguiente como trampolín y publicar la noticia sin la supervisión de mi jefe.

Miré el reloj. Eran las diez de la noche del viernes.

Ortiz estaría en su casa viendo la película española que echaban siempre en La 2.

El conflicto de intereses se apoderaba más y más rápido de mí. Podía aprovechar la coyuntura, dejarme caer por la redacción y despertar a la ciudad al día siguiente. Podía escribir un artículo que pusiera en vilo al cuerpo de Policía, incomodara los culos de la clase política y sacara a la gente a la calle. Pero también podía quedarme donde estaba, pensando en qué hacer para que Patricia regresara a la cama sin arrastrarme por el suelo. Ninguna de las dos opciones era la correcta. Traicionar al resto o traicionarme a mí mismo.

Empezaba a sentir el alcohol que fluía por mis venas, a causa del estómago vacío.

Marqué el número de Hidalgo.

Saltó el buzón de voz.

—Lo siento —dije en voz alta.

Puse en marcha el ordenador portátil y lo coloqué sobre la mesa. Encendí un cigarrillo y abrí un documento en blanco de Word. El hechizo parecía haberse apoderado de mí. Sabía que poseía un don para las historias de ficción aunque, por desgracia, la que iba a contar estaba basada en hechos reales. Un poco de maquillaje por aquí, un tanto de sensacionalismo

por allá y pasada la medianoche, tendría mi artículo para la edición del día siguiente. Debía darme prisa, pues sólo contaba con unas horas para modificar la versión final de la maqueta e incluir la bomba mediática.

Me subí a un taxi, llegué a la redacción y saludé al portero, que se había dormido viendo un programa de televisión para adultos. Cuando entré en el edificio, comprobé que no hubiese nadie. Encendí mi ordenador. No había vuelta atrás. El portero ya me había visto. El registro de mi usuario se había quedado almacenado en la memoria. No sospecharían de nadie porque sólo existiría un culpable… O tal vez, un héroe.

Conecté el lápiz de memoria, abrí el documento y copié la noticia.

—Ortiz, me debes una —dije orgulloso y borracho. El jefe jamás olvidaría la portada de esa edición.

Pulsé el botón de guardado y envié el documento a imprimir. Las rotativas empezarían pronto. En unas horas, todos los quioscos se harían eco de la historia más macabra sucedida en los últimos años.

* * *

Después de mucho tiempo, el sol golpeaba en mi rostro y no sentía náuseas. Un sábado soleado a las diez de la mañana. Un ligero amargor en la boca a causa del pequeño exceso de la noche anterior. Mi decepción llegó cuando quise echarme a un lado y abrazar a Patricia. No había sido un sueño. Se había marchado de verdad. En camiseta de manga corta y calzoncillos, me levanté y fui directo al baño, cuando el teléfono móvil sonó sobre la mesilla.

—Oh, no… —dije recordando lo que había hecho. Un extraño cúmulo de sensaciones recorrió mi cuerpo. Desconocía lo que habría detrás de la llamada. Temía por las palabras de quien estuviera detrás del altavoz. ¿Excitación? ¿Furia? En la mayoría de los casos, eso a lo que llamamos conciencia, y creemos que reside en nuestro corazón, nos envía señales de un modo u otro, para identificar el peligro y la seguridad. En mi caso, no logré interpretar las señales ya que no estaba del todo seguro si había hecho bien o no.

Me acerqué al teléfono. Un número desconocido aparecía en la pantalla.

—¿Sí? —pregunté.

—Pon la televisión —dijo el inspector Botella con voz seca y seria—. Ahora. Pon Canal 9.

Encendí la pantalla y sintonicé la cadena regional. Un reportero informaba desde la puerta del paraninfo de la universidad sobre la noticia publicada.

—Mierda.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó retóricamente. No quería conocer la respuesta—. Te lo dije… Ahora no puedo hablar, me van a abrir un expediente. Ésta, me la pagas, Caballero.

Colgó.

Un agujero se abrió en el suelo. Tiré el teléfono contra el sofá y me quedé observando el informativo.

El teléfono volvió a sonar.

Temeroso, me acerqué a él y vi el nombre de Hidalgo en la pantalla.

—Por fin das señales, Antonio —contesté preocupado—. No veas qué movida ha pasado…

—¿Eres imbécil? —preguntó exaltado—. ¡Qué coño has

hecho, Gabriel! ¡Eso que has contado es una jodida mentira! ¡Quiero una disculpa pública! ¡Ya!

—Antonio, espera…

—¿Y dices ser mi amigo? ¡Te dije que te mantuvieras al margen! ¡Joder!

—Pero, Antonio… Hay algo que debes contarme.

—No vuelvas a llamarme —respondió—. No quiero verte el pelo en una temporada.

La llamada se cortó.

Podía sentir el calor del infierno acariciando mis pantorrillas.

El teléfono sonó una tercera vez.

Presentí que sería el sábado más largo de mi vida.

Miré a la pantalla. Era el número de la redacción. Me enfrentaba al enemigo final: Ortiz.

—Ortiz, mira, te lo puedo explicar…

—¿Te has vuelto loco? —preguntó esperando mi excusa—. Más te vale que ese artículo diga alguna verdad, idiota. De lo contrario, estás en la ruina. ¡Ambos estaremos en la ruina!

La línea se cortó de nuevo.

Me dejé caer de espaldas contra el sofá, sin la esperanza de que nadie me sostuviera. Nadie lo haría, no existía ninguna persona que se pusiera de mi lado.

Había sido un maldito descerebrado.

El teléfono volvió a sonar aunque para entonces ignoraba las llamadas.

De nuevo, tenía que arrastrame por la calle en busca de respuestas.

12

Me sentía como un púber estafado, arrastrado por el carácter y un orgullo todavía crudo que necesitaba aprender. Números de teléfono desconocidos parpadeaban en la pantalla verde de mi viejo móvil. Desafortunadamente, ninguno de ellos era el de Patricia. Ni siquiera había logrado llamar su atención, aunque fuese para recordarme lo patético que le resultaba.

Los días en el diario estaban contados. He de reconocer que lo que hice no fue a causa del alcohol, sino que nació de mí mismo. Hoy lo cuento, pero me llevó años aceptar que eso había sido así. El alcohol sólo fue la gasolina de un motor que estaba a punto de arrancar. Y me dejé llevar, como aquel día en el que la noticia salió publicada y las paredes del apartamento se convertían en las gradas de un estadio. Cogí las llaves, bajé por las escaleras y me introduje en el Barrio alicantino para dejarme llevar entre las oscuras barras de los bares y sus intrigantes compañías. Ahí estaba yo, antes de que el sol cayera, deambulando por la calle Labradores en busca de amistad y risa fácil. El Desdén siempre era un buen lugar para emborracharse sin escuchar preguntas incómodas. Los camareros modernos te servían las copas y sólo preguntaban si tenías cambio. Hacía años que la escena alicantina se había convertido en un burdel musical donde el rock bebía de sus derivados y hablar de política volvía a ponerse

de moda. Dejé las cervezas y me fui hasta el Mono Bar, un antro oscuro y variopinto, tanto en música como en el vestir de los que por allí danzaban, en su mayoría hombres y con aspecto de haberlo visto todo. La cuna del rock, de los chicos malos que ya no eran tan malos. El Barrio era la trinchera en la que cobijarme cuando no podía permitir que las doncellas de Castaños me viesen.

La tarde se unió con la noche y las copas se servían a medida que mi cartera desprendía los billetes. Borracho y con la cabeza pesada, decidí dar un paseo hasta el puerto marítimo. Crucé el paseo de la Explanada y tomé el muelle que me llevaba a las discotecas del puerto marítimo y al Casino Mediterráneo de Alicante, una casa de los horrores con luces de colores que recordaba a los antiguos anuncios de burdeles. Al llegar a la entrada, me deshice de varios repartidores de publicidad que me asaltaron sin éxito y caminé hasta un puesto de hamburguesas y perritos calientes que alimentaba, desde hacía años, a todos los universitarios antes de regresar a casa de madrugada.

Compré una hamburguesa con huevo frito y bacon y patatas fritas, una lata de cerveza Mahou y me senté en una de las mesas de aluminio que se encontraban en la terraza. Olía a aceite frito, humedad y un rebufo de alquitrán que llegaba de los barcos.

La gente me observaba, la noche acababa de empezar, aunque para mí parecía haber terminado. Me sentí como uno de esos turistas del norte con horarios cambiados e ideas distorsionadas. Había tenido un mal día y temía que alguien me reconociera, pero no por eso uno debe ser juzgado con la mirada tan llena de saña y desprecio, como tenían los que pasaban por allí.

Entonces, una chica se acercó. Era bonita, eso pensé bajo los

efectos de las burbujas. Las luces de la noche iluminaban su vestido de color dorado.

—Hola…, ¿qué tal? —preguntó con esa voz única de los repartidores de *flyers,* la voz del hastío, de las palabras que salen automatizadas como una ráfaga de balas sin fuerza—. Mira, te dejo aquí un dos por uno en copas en el bar Coyote, por si te apetece…

De pronto, se me ocurrió algo.

—Oye… —dije mirándola desde la silla—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí claro, pero si es sobre las consumiciones…

—Contéstame a esto —interrumpí—. Si estuvieses manteniendo relaciones con dos hombres… ¿Cómo te desharías de uno de ellos?

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó la chica, intrigada en mi respuesta.

—No sé, por despecho.

—Para eso tendría que estar despechada, ¿no? —respondió—. Pero en caso de hacerlo, no sé… Le diría que estoy viendo a alguien, ¿sabes? Es mi vida.

—Ya, es lo que esperaba —dije—. ¿Y si fuera al contrario?

—¿Un hombre con dos mujeres?

—No, quiero decir, imagina que tú eres uno de los hombres.

La chica se rio.

—¡Ay! Pues no sé ya… —contestó—. Eres tú el hombre, ¿no? Deberías saber qué hacer.

—Necesito una opinión femenina.

—Ya veo… —dijo ella—. Creo que me vengaría, por despecho. Las mujeres somos muy así… O conmigo o sin mí.

Ella se rio de nuevo.

—Vaya, no esperaba eso de ti… —dije—. ¿Te llamabas?

—¿Ves? —Dijo ella con asombro y decepción—. Sabía que era uno de esos trucos para ligar conmigo, pues no, lo siento…

—No es para tanto, has sido tú la que se ha acercado.

—Es mi trabajo y ahora tengo que seguir haciéndolo.

La chica se dio la vuelta y se esfumó de mi vista.

La interacción no me había dicho mucho. Ella no parecía tener malas intenciones y tal vez, esa hubiese sido la razón de que no encajara su respuesta con mi teoría. Sin embargo, el despecho era algo que había pasado desapercibido durante esos días. Hidalgo me había evitado, no quería hablar de Llopis, así que empecé a construir un triángulo amoroso entre él, Llopis y Maciá. Entendí que el camino rápido se había trabado. Me quedaría sin saber a quién pertenecían los restos de código genético que habían encontrado en el cuerpo. Aunque, eso sí,, no tuve que cavilar demasiado para darme cuenta de que, probablemente, pertenecerían a Hidalgo. Tenía sentido: Llopis e Hidalgo mantendrían una buena relación hasta la llegada de Maciá en la universidad, con sus aires de grandeza. El romance prohibido, aunque secreto a voces, se vería truncado por la ambición de Llopis, que terminaría seducida por Maciá y su ilusionismo dialéctico. Llopis y Maciá dormirían juntos, algo que excitaría a la futura rectora, aunque no lo suficiente como para dejar a Hidalgo. Esa podría ser la razón por la que Llopis mantenía su vida privada separada de la pública con extremada precaución. Llopis llevaría el triángulo amoroso, alternando los encuentros con sus amantes hasta caer en el descuido. Finalmente, Hidalgo se enteraría de que estaba teniendo relaciones con otro hombre y no aceptaría el golpe. O tal vez, puede que se enterase Maciá.

Hidalgo se presentaría a las elecciones para devolverle el revés a su amada, como una acción poética de venganza, atacando

donde más le dolería a ella. Pero quizá fuese Maciá el que buscaba deshacerse de ella tras enterarse de que Llopis e Hidalgo estaban juntos, y su dinero terminaría financiando a uno de ellos o incluso a los dos.

La cabeza me daba vueltas y los primeros síntomas de la resaca se manifestaban con incómodos temblores, pero la teoría cobraba sentido.

Regresé a casa a pie, subiendo la cuesta interminable que llegaba hasta la Plaza de Toros. La brisa de la noche era fresca y ayudaba a sobrellevar la borrachera. Cuando caminaba cerca del mercado de abastos, un coche arrancó a mis espaldas. En un primer instante, pensé que sería alguien que regresaba de fiesta. Después, me fijé en el reflejo de un cristal para comprobar que no había encendido las luces. La calle era estrecha y los bares se encontraban cerrados a esas horas. Era un coche grande, aunque no pude fijarme quién lo conducía. El vehículo empezó a tomar velocidad y yo aligeré el paso. De pronto, dio un acelerón para pillarme desprevenido, pero fui lo bastante rápido como para escabullirme entre los contenedores de basura. El vehículo le dio un ligero golpe al contenedor verde y frenó de golpe. Ebrio como iba, comencé a correr a toda velocidad, dejándome el aliento en la carretera, atravesando callejones infinitos. Sentí el corazón en la garganta, golpeando con una fuerza descomunal. El impacto contra el contenedor pareció llamar la atención de algún curioso y aquel desgraciado al volante dejó de seguirme. Cuando llegué a casa, me dolía tanto el estómago que no pude evitar devolver el mejunje de la hamburguesa y los litros de alcohol por el retrete.

La cabeza me ardía. Todo había pasado tan rápido que me costaba un horror recordar algo. En choque, me desnudé y me metí bajo la ducha. Las piernas me temblaban. Estaba

acongojado.

Minutos después, algo más relajado y en un instante de lucidez bajo el chorro de agua caliente, me conciencié de que uno de los dos miserables había envenenado a Mónica Llopis con arsénico, e iba a descubrir quién. Por mucho que me asustaran, no me achantaría. Maciá poseía los recursos para hacerlo, aunque debía hablar con él primero y entender con quién trataba. Hidalgo, por otra parte, encajaba con el rol novelístico del personaje en segundo plano, hombre de humanidades, culto pero incapaz de entender el mecanismo de un átomo.

El argumento perfecto para convertirse en el perfecto homicida.

Tenía que contárselo al inspector Botella.

* * *

La mañana del domingo amanecí en el sofá con el mando de la televisión entre mis manos. No supe cómo había llegado hasta el sofá. Arrojarlo todo antes de dormir neutralizó lo que podría haber sido un auténtico mal día.

Me despejé con agua fría, salí a la calle, crucé por la avenida de Alcoy y bajé hasta un bar cercano a la Plaza de Toros para leer el periódico y tomar un café. El bar tenía el movimiento de un día de descanso: los parroquianos fijos de las mañanas, las amigas que toman un café y esos que empiezan el aperitivo antes de la hora prevista.

Olía a pan tostado con aceite, a humo de cafetera y jamón recién cortado.

Me senté en un taburete junto a la barra y abrí el diario

Información mientras el camarero, con mucha gracia, me ponía el café.

—Se está liando un pollo, que no veas —dijo el camarero al contemplar la portada. El rostro del inspector Botella salía a todo color. El policía había sido suspendido, quedando fuera de servicio debido a las faltas cometidas e investigar por su cuenta un caso cerrado. Pero aquello no era todo. Antonio Hidalgo salía a la palestra anunciando de manera oficial su candidatura a la nueva elección de rector. Tras lo sucedido, la Universidad de Alicante no se había pronunciado sobre el proceso de investidura. No les interesaba. Esperaban que una cortina de humo se llevara el infortunio de Llopis al olvido. Sin embargo, Hidalgo no pudo esperar y, con tal de ganar presencia, había vendido la exclusiva a la competencia.

—Será cabrón —murmuré en voz baja.

—Aquí, el que no corre, vuela —contestó el camarero.

—Y el que no, a la cazuela —dijo un hombre con bigote, gafas de sol de aviador, la camisa abierta hasta el pecho y una cruz dorada colgando de su cuello. Después se rio del chiste que él mismo había hecho. El camarero, unos años más joven, regaló una mueca y siguió con su trabajo.

Ortiz no se había molestado en publicar nada relacionado con el asunto porque, más que nada, no tenía qué publicar. Imaginé que la redacción sería lo más parecido el infierno: Ortiz bramando y los becarios atragantándose con su furia.

Desvié la mirada de los grandes titulares, que no hacían más que llamar la atención y ocultar al resto, y me fui hasta las columnas que uno siempre olvidaba. Repetidas noticias mencionaban a los departamentos de biología y ciencia de la universidad. La institución gozaba de salud. Una de las investigaciones más importantes en los últimos años estaba

mostrando luz verde. Los análisis comenzaban a ser positivos. Los laboratorios habían encontrado un método para debilitar las células madre cancerosas.

—Te voy a decir una cosa… —dijo el camarero acercándose a mí—. Esto sólo es el principio. Las universidades están jodidas, corrompidas por la clase política de este país. Y no quieren que se sepa. El que escribió el artículo falso ese, ya puede dormir tranquilo… Ha encendido la caja de los truenos y van a pillar todos, ya verás, ya… ¡Ya verás! Son todos unos interesados, me da igual de que pie cojeen, eso es así…

El hombre siguió con su discurso de domingo matinal, pero yo me había abstraído en la etiqueta de una botella de brandy Magno y en las similitudes que el artículo tenía con la empresa que dirigía Antonio Maciá.

—Hágame el favor —dije interrumpiendo su charla—. ¿Me pone un *carajillo?*

El hombre abrió los ojos y se tragó sus palabras. Después preparó un café sólo.

—Aquí va —dijo y puso el café en la barra. Agarró la botella de brandy y echó un chorro en la taza—. Y ahora la alegría.

Miré a la taza desde arriba, totalmente en vertical. Una mancha negra con la forma de la pupila de un ojo. Una máquina tragaperras cantaba premio en la parte de atrás del bar.

El amargor del café y el poso del alcohol al atravesar mi garganta, activaron mis sentidos.

Algo me decía que debía darme prisa. La policía pronto registraría el domicilio de Mónica Llopis, si no lo había hecho ya, y más tarde su entorno de trabajo. Con la operación desaparecerían las evidencias.

Me prometí a mí mismo que no volvería a cometer una metedura de pata del calibre de la anterior. No podía caer

en la confusión ni dejarme llevar por las emociones.

Botella, su rostro vibró en mi cabeza.

Sólo él podía ayudarme a recuperar mi vida y llegar hasta el final del asunto. Sólo yo podía ayudarlo a recuperar su carrera como inspector.

Pero antes, debía hacer una visita a alguien.

Antonio Maciá, el emprendedor farmacéutico, no se alegraría de verme.

13

Apoyado en el capó del Seat Ibiza, encendí un cigarrillo mientras encaraba la fachada de Fharma S.A., un bloque de dos plantas, de arquitectura funcional y con paredes de cristal. Fharma era la empresa que encabezaba el conocido Antonio Maciá. Había conducido desde la ciudad hasta el polígono industrial que había en Torrellano, una pedanía perteneciente a Elche, la ciudad vecina. El polígono industrial acogía a viejas y nuevas empresas que luchaban por abrirse espacio en las grandes ciudades como Barcelona o Madrid, o a través de la Red. Empresas especializadas en calzado, marcas que distribuían sus productos entre las grandes marcas multinacionales de ropa española. Un Sillicon Valley del producto casero, sin demasiada gloria y con algunas cafeterias en los bajos de los edificios.

Junto a un paseo bordeado de palmeras, decidí llegar a las oficinas de Fharma antes de que su director llegara al trabajo. Ya se sabe: los jefes nunca son puntuales. Jamás llegan a su hora. Es una cuestión de principios, de estatus. El jefe siempre entra después y sale antes. La envidia del empleado hacia su jefe es lo que crea la ambición para seguir creciendo.

"Cuando seas padre, comerás huevos.", me decía Ortiz.

La ignorancia hacia el presente por el miedo a lo desconocido. Ese era el gran trauma de la generación anterior a la mía.

El mundo había dejado de funcionar como en los últimos cincuenta años. La revolución tecnológica lo había hecho posible. Muchos, como Ortiz, desconocían que, en un futuro cercano, no habría jefes, ni trabajos estables y tampoco oficinas. Estábamos a punto de sufrir el gran golpe. Sólo era una cuestión de tiempo.

Conforme avanzaba la mañana, el sol comenzaba a picarme en la espalda, así que decidí acercarme al único bar que había abierto y esperar a que abrieran las oficinas.

Pedí un café y me senté en la terraza. El camarero no tardó en servirme lo que había pedido.

—Una pregunta —dije—. ¿Sabe a qué hora empiezan a trabajar ahí enfrente?

—¿No lee el periódico?

—Según, algunos sí, otros no.

—Debido al escándalo de la universidad —explicó el hombre mirando a la fachada—, parece que no se dejan ver mucho por aquí. Hace unos días, esto estaba lleno de *periolistos* haciendo guardia.

—De algo tendrán que comer, ¿no?

—Sí, claro… —contestó dudando si continuar o no—. Pero digo yo, que ya podrían consumir algo, que sólo venían al bar para usar el baño…

—La cosa está muy mal.

El hombre decidió guardar su retahíla de comentarios al ver que no le seguía dando juego.

—No sé, pruebe a tocar al timbre en un rato —dijo desperanzado—, y si no, pues váyase a su casa… Total, yo creo de ahí nada bueno puede salir… ¿Va a tomar algo más?

—No, estoy bien, gracias.

—¿No será usted periodista? —dijo con sacarsmo para

sacarme una sonrisa.

—Pues sí, lo soy.

Tras el desencuentro con el camarero, que se llevaría una historia para repetir una y otra vez a lo largo del día, pagué el café y decidí acercarme a la puerta del edificio. Desde que me había sentado, no había entrado nadie. En la calle tampoco había ningún coche aparcado en el área reservada para empleados. Me acerqué al interfono y vi un botón que tenía una placa con el logo de Fharma S.A.

Lo pulsé. Sonó un timbre electrónico.

Uno.

Dos.

Tic-tac.

No contestaba nadie.

Levanté la vista y vi una cámara de seguridad blanca en una de las esquinas.

Tres.

Cuatro.

Tic-tac.

Algo me llamó la atención, un detalle que había pasado desapercibido hasta entonces. El imperioso BMW X3 de Maciá se encontraba aparcado en la calle perpendicular. No fue su presencia lo que despertó mi interés sino un ligero restregón a la derecha del parachoques.

Iba a dar dos pasos hacia atrás para dirigirme al vehículo, cuando alguien abrió la puerta del edificio, sin preguntar quién era.

Sentí de nuevo las palpitaciones.

—Sólo es una casualidad, Gabriel —murmuré en voz alta.

Miré de nuevo a la cámara. El aparato se mantenía inmóvil.

Después giré la vista hacia el bar, al otro lado de la calle, pero el camarero estaba en el interior y no me vio. Metí la mano en el bolsillo y sentí el tacto del móvil.

He de reconocer que no tuve el coraje para entrar sin pensármelo dos veces, pero lo hice. Empujé la puerta y crucé el umbral de la entrada.

* * *

En el interior del edificio, una mujer esperaba tras una recepción de aluminio. El lugar parecía más grande de lo que decían ser. Tal vez, el efecto de las paredes de cristal hiciese todo más amplio para nuestros sentidos. La bella chica morena de veintipocos años, vestida con una falda corta de color azul y blusa de seda blanca, por la que dejaba ver un colgante y sus dos pechos, se levantó de su silla.

—Bienvenido a Fharma, ¿tenía concertada una visita?

—No, en realidad no —dije atónito ante su mirada oscura y relajada.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarle?

Me acerqué a ella. La mujer parecía no tener ningún tipo de inseguridad. Sentí algo extraño en sus movimientos, fríos y abruptos.

—Me gustaría hablar con el señor Maciá.

—El señor Maciá no recibe visitas —contestó como si ya lo hubiese hecho demasiadas veces—. Hay mucha gente que desea hablar con él.

—Pero yo no soy cualquiera —contesté.

—Lo siento, son órdenes —dijo y señaló con el índice al piso de arriba—. Puede decirme su nombre y su correo electrónico

y, con gusto, se lo haré saber cuando el señor Maciá acepte visitas.

—¿Está aquí? —insistí.

—Eso no le incumbe, señor.

—Caballero —contesté—. Gabriel Caballero.

—¿Y su dirección de correo? —preguntó tecleando en el ordenador.

—Estoy aquí por Mónica Llopis —respondí.

—Vaya, qué original —dijo con sorna—. ¿Arroba Hotmail? ¿Gmail?

—Escucha, guapa —interrumpí cortando el tono arrogante de aquella recepcionista—. Dile a tu jefe que estoy aquí para hablar con él.

—Perdone, usted no tiene derecho a hablarme así, le pido que se marche o tendré que…

—Aquí no hay nadie —contesté—. Llama a quien quieras.

La mujer cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Securitas? ¿Sí?

Salté por el mostrador, pulsé el botón y corté la llamada.

—Dile a tu jefe que sé han encontrado pruebas que lo relacionan con la muerte de Llopis —dije marcándome un farol—. Estoy seguro que le interesa hablar conmigo sobre ello.

La chica me miró con desconfianza. De algún modo, noté en su mirada que no le habían gustado mis palabras. ¿Tendría Maciá un romance con la recepcionista?

—¿Antonio? —dijo al levantar el teléfono. El tono en el que se dirigía a él, la delató—. Aquí hay un tal Gabriel Caballero que quiere hablar contigo… Sí, el mismo… Entendido.

Colgó el teléfono fijo y respiró profundamente para relajarse.

—Subiendo las escaleras —dijo con resquemor—. Allí le

espera.

—Gracias, bonita —contesté y salí en dirección a las escaleras, no sin antes darme la vuelta y dirigirme a ella de nuevo—. Él te había dicho que eres la única, ¿verdad? Una chica como tú, se merece… algo mejor… Algo como yo.

* * *

Alcancé el último peldaño de las escaleras que llevaban a la primera planta. Me recibió un olor fuerte a desinfección, productos de limpieza doméstica y muebles recién montados. Frente a mí, un pasillo con paredes de cristal que separaban tres oficinas, una sala de juntas, un laboratorio de pruebas y una sala de descanso, en la que deduje que poco se podría descansar siendo observado por el resto. El enfoque moderno no era más que una tapadera para tenerlo todo bajo control. Las paredes de cristal me recordaron a una atracción que frecuentaba en el parque de atracciones de Santa Pola, cuando era pequeño. Los recuerdos no fueron del todo agradables, por lo que estar allí no me producía ningún placer.

Un hombre cruzó una de las puertas de cristal. Llevaba una camisa blanca bien planchada, pantalones crema algo más cortos de lo usual y náuticos propios de alguien que visita con frecuencia el puerto marítimo y los yates de alta gama.

—Caballero —dijo con voz grave y amigable. Maciá iba peinado hacia atrás y tenía una mirada penetrante que corroboraba la seguridad de sus palabras. Me ofreció la mano y yo se la estreché—. Comenzaba a desesperarme, pensé que nunca vendrías.

Primer movimiento. El tuteo rompía la distancia entre

nosotros. Maciá prefería tratarme con la misma franqueza que Don Vito Corleone trataría a uno de los suyos.

Caminó hacia el fondo del pasillo y seguí sus pasos.

—Bonita oficina —comenté a medida que miraba por el resto de habitaciones—. Deben de irte las cosas bien.

—¿Quiere algo para beber? —me ofreció.

—Un café bastará —dije. Maciá insertó una cápsula en su máquina de café expreso, pulsó el botón y en menos de un minuto, la taza estaba frente a mí—. Gracias.

—Siéntate —ordenó.

—No, gracias. Estoy bien.

Maciá cogió aire. No estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria. Me interesaba llevarme bien con él, así que obedecí y me acomodé en la silla giratoria que había para los invitados.

—Debes de estar desesperado para haber terminado aquí —comentó apoyado en el borde de su mesa de cristal—, sin tu amigo el inspector, jugando los dos a Hércules Poirot.

—Te equivocas conmigo —dije después de dar un sorbo al café.

—Tu imprudencia nos ha salido muy cara a todos, amigo —explicó con los brazos cruzados y un tono paternalista. Era su forma de actuar, llevándome a su terreno—. El Cuerpo de policía se ha puesto patas arriba. Han cortado alguna cabeza en el ayuntamiento. Además, por lo que tengo entendido, a tu jefe lo van a mandar a la redacción de Murcia a finales de año, mientras que al inspector ese… Pobre hombre… Y tú, siendo el culpable de todo este embrollo, sigues dando la paliza.

—Sabes que no es así —contesté—. Se están ocultando cosas.

—No sé a qué cosas te refieres —respondió con media sonrisa—, pero una falacia más y te llevo a los juzgados, que sé que no tienes ni para pagar a un abogado.

—Nadie cumple condena por contar verdades.

—Tengo otros motivos —contestó con lentitud—, como investigar el registro de un coche abusando de la influencia, además de obtener informes forenses extraoficiales de dudosa veracidad. ¿Qué te pensabas? No eres el único que sabe hacer su trabajo.

—Eres un cabrón, pero no me das miedo —contesté desde la silla. Ese tipo me ponía nervioso—. ¿Qué relación tenías con Llopis?

Maciá se rio.

—Me resulta delirante que me hagas esa pregunta.

—¿La mataste? —pregunté. Su expresión no pareció inmutarse y eso me desconcertaba. Maciá guardó silencio y sopesó la respuesta.

—Eso lo vas a tener que descubrir tú, Gabriel —contestó bajando los brazos—. Tengo curiosidad por ver a dónde llegas.

—Tu empresa, esta empresa… Sé que tenías interés en que Llopis ganara, más allá de la relación afectiva que pudiéseis tener.

—¿Quién te consiguió esos informes? —preguntó Maciá intrigado.

—Un buen periodista nunca revela sus fuentes —dije.

—Tú no eres un buen periodista, Gabriel.

—Tú haces tu trabajo —contesté—, yo hago el mío.

Con parsimonia, levantó el teléfono fijo que había sobre su mesa de cristal y marcó el número de la recepción.

—Luna, puedes marcharte a casa… —dijo al aparato—. Sí, sí, hablaremos más tarde… Que sí, que no te preocupes… Estaré bien con el señor Caballero.

Colgó.

—Bonito nombre el de Luna —comenté—. No le ha sentado

muy bien la noticia de lo tuyo con Llopis.

Maciá sonrió.

—Mantente alejado de ella, Gabriel —dijo y se puso totalmente erguido. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un juego de llaves—. Acompáñame, quiero enseñarte algo.

Maciá abandonó la habitación y caminó hasta las escaleras.

—¿A qué coño esperas, Gabriel?

* * *

Seguí los pasos de Maciá, que se dejaba totalmente indefenso por la espalda. Pasamos la planta por la que había entrado y nos adentramos en un piso subterráneo. A mitad del camino, Maciá se detuvo ante una puerta. Introdujo un código y pasó la tarjeta de plástico por un lector. Se emitió un sonido y una luz verde. Después abrió la puerta hacia dentro y continuamos hasta un oscuro depósito.

Las luces se encendieron. Tubos blancos y alargados alumbraban toda la planta. Una colección de máquinas, ordenadores y cintas de producción, llenaban la sala.

—Aquí es donde fabricamos los prototipos —dijo invitándome a pasar—. Por supuesto, es sólo una demostración de lo que podría ser.

—Buscas financiación —contesté.

—Así es, Gabriel —respondió—. Has dado en el clavo.

El eco de sus zapatos al pisar el mármol lo hacía todo más tétrico. Las palabras de Maciá rebotaban en el vacío de la gran sala.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunté.

El emprendedor caminó hasta el fondo y se acercó hasta una

barra metálica. Comprobé el teléfono con rapidez. Por fortuna, había cobertura ahí abajo, aunque sólo me quedaba una raya de batería. Pensé que pretendía impresionarme, pero no las tenía todas conmigo.

—Quiero que veas que soy un tipo normal, que sepas a lo que me dedico.

—Sé qué clase de persona eres, Maciá.

Agarró la barra metálica y empezó a jugar con ella. Era una barra del tamaño de un bate de béisbol. Un golpe acertado y me dejaría sin vida. Conocía los arranques de Maciá, sus problemas de agresividad. Debía estar atento y mantener la distancia. Físicamente, no tenía nada que hacer contra él.

Maciá se acercaba dando pequeños pasos con una sonrisa en su cara. Parecía agradarle mi incomodidad.

—Tengo una pregunta… —dijo—. Si yo hubiese matado a Mónica, ¿por qué crees que lo habría hecho?

—Celos, dinero… —dije quedándome junto a la puerta. Comprendí que era una de esas entradas en las que hacía falta fichar con la tarjeta, tanto para entrar como para salir. Maciá la había guardado en su bolsillo. No tenía escapatoria sin ese trozo de plástico magnético—. Sé de tus arranques de celos.

—No… Realmente, no sabes nada, Gabriel.

Cada vez estaba más cerca.

Busqué algo con lo que defenderme en caso de ataque, pero no había nada al alcance de mi vista. Metí la mano en el bolsillo y guardé las llaves bajo los dedos. Un golpe certero me salvaría el pellejo, aunque sólo tendría una oportunidad.

—La policía terminará por descubrirlo todo, Maciá —dije. Procuré que la voz no me temblase para evitar mostrar miedo. Sentí un fuerte dolor en el estómago—. Tan pronto como investiguen a Botella, todo saldrá a la luz, así que no hagas

ninguna tontería.

—Podría deshacerme de ti si quisiera, Gabriel —dijo, a escasos metros de mí—. Ni la policía ni tu amigo, el inspector, te encontrarían.

—Debe haber una forma de solucionar esto por las buenas… —respondí y me puse en guardia al ver cómo apretaba el puño contra la barra—, o por las malas.

Cuando estaba a punto de asestarle un gancho en la nuez, Maciá se adelantó, me bloqueó el brazo con la mano izquierda y me empotró contra la puerta con la barra metálica, apretándome el cuello.

—Lo haremos por las buenas, Gabriel —susurró echándome el aliento—. No querrás conocer otra forma.

Pasó la tarjeta por el lector y la puerta se abrió. Maciá retrocedió varios pasos y entonces solté las llaves.

Él comenzó a reír, soltando una carcajada diabólica.

Abrí la puerta y salí de allí sin mediar palabra.

Ese desgraciado había logrado asustarme de nuevo. La posibilidad de que fuese él quien terminara con la vida de Llopis no era, en absoluto, descartable.

Subí al coche y aceleré con rabia.

Por la radio sonaba *Good Times Bad Times* de Led Zeppelin.

Hidalgo tenía razón. Maciá era un cabrón de los malos.

Las sombras crecían entre las dudas. Hasta esa secretaria podría haberlo hecho.

Saqué el teléfono y marqué el número del inspector. Tras cuatro tonos, saltó el contestador.

—Vamos, inspector, contesta —murmuré con una mano al volante y la otra al aparato.

Pero fue inútil. El inspector Botella estaría ocupado desalojando su oficina o discutiendo con su mujer sobre lo que había

pasado. Entendí que no quisiera saber de nadie.

Todos parecían ser sospechosos. Necesitaba la ayuda de un profesional.

¿Cómo podría encontrar al inspector?

Entonces se me ocurrió que sólo una persona podría ayudarme a encontrar el domicilio de Botella. Esa persona era Ortiz.

14

La visita a Maciá me había dejado exhausto. Regresé a la ciudad, aparqué en una de las calles que había junto al mercado de abastos y me metí en el Bar Guillermo, un bar típico y tradicional, regentado por una familia alicantina, que había sabido llevar el negocio con el paso de los años. Un toro en el cartel luminoso que daba a la calle, llamaba a los clientes. El Bar Guillermo, de estilo rústico y conservando el carácter del pasado, había sido una segunda casa para muchos, uno de ellos yo, entre otros periodistas que nos dejábamos caer por su barra de madera para tomar una caña y un pincho de tortilla. Los reporteros, que trabajábamos todos por la calle Calderón de la Barca, solíamos dejarnos ver para comprobar las fuentes, los bulos y el orden de algunas noticias que estaban a punto de salir. También, muchas bandas de ámbito nacional, de camino a su despegue mediático, se pasaban por allí antes de llenar salas como la Stereo, a cien metros del bar. Aquel día no me esperaba nadie, sólo la colección de botellas que había tras la barra, un vermú bien frío y un plato de aceitunas con hueso. Le pedí al camarero una tapa de ensaladilla rusa y un papel para escribir. Las ideas daban vueltas en mi cabeza, porque si algo estaba claro era que debía pensar en una buena razón para que Ortiz no me mandara al carajo.

Si él me ayudaba a encontrar el paradero de Botella, yo le daría la última exclusiva y convencería a Hidalgo para que lo contratara como profesor asociado en la Facultad de Periodismo. Ya se sabe cómo funcionan esas cosas: los amigos se llaman, se hacen hueco y después existen las famosas asignaturas blandas que no llevan a nada. Me faltaban dedos en la mano para contar la cantidad de incompetentes a los que tuve que escuchar en mis días de estudiante, pero esa era otra historia para otro libro.

Saqué el teléfono del bolsillo y marqué el número de Hidalgo. La batería estaba llegando a su límite.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no me llames? —dijo y colgó. Seguía molesto por todo lo que había ocurrido.

Así que le pregunté al camarero, con educación y una buena excusa, si podía usar algún teléfono para realizar una llamada local. El hombre, alto y delgado y con una camisa blanca, me miró con recelo hasta que finalmente accedió. Repetí la jugada.

—¿Sí? —dijo Hidalgo al otro lado.

—Hidalgo, no me cuelgues, por favor —dije con rapidez—. Te juro que es importante.

—¡Joder, Gabriel! ¿Qué cojones quieres?

—Tengo que hablar contigo —contesté—. He estado investigando sobre el caso…

—Mira, tío, no quiero seguir hablando de esto.

—¡Espera! —grité—. ¡No cuelgues! Sólo un minuto, Hidalgo…

Escuché su respiración al otro lado.

—Un minuto.

—Sí, un minuto —respondí—. Tenías razón sobre lo que dijiste de ese Maciá. Es un cabrón y de los malos. Le hice una visita.

Hidalgo pareció cambiar de opinión respecto a la duración de la llamada.

—¿Qué te dijo?

—Eso no es lo que importa. El muy mamón trató de asustarme.

—Quiero que me digas qué te contó…

—No creo que por teléfono sea lo más adecuado —dije mirando al camarero que me señalaba el reloj de su muñeca para que terminara la llamada—. Estoy en el Guillermo, ¿dónde podemos vernos?

—Gabriel, no pueden vernos juntos —contestó apurado—. Por el bien de los dos, será mejor que estemos alejados una temporada.

—Lo que he descubierto te incumbe a ti también, Antonio…

—Oiga, que necesitamos recibir llamadas de los clientes, haga el favor… —dijo el camarero, molesto.

—¿Me estás llamando desde el teléfono del bar? —preguntó Hidalgo—. No tienes vergüenza.

Con su voz de fondo, contemplé tras la barra un cuadro en blanco y negro, de gran tamaño, que mostraba una vista de la ciudad de Alicante en el pasado.

—Te espero en el mirador del castillo de Santa Bárbara.

—En una hora —contestó Hidalgo—. Sin sorpresas.

Antonio colgó. El camarero me miraba molesto por haber abusado de su confianza.

—Era una llamada importante —dije—. Gracias.

—Aquí, las únicas llamadas importantes son de quienes reservan —contestó.

Salí de allí, me puse las gafas de sol y salí directo hacia el castillo. La única forma de subir hasta lo más alto era a pie, a través de las escaleras que había alrededor de la fortaleza.

14

Más tarde, hastiado, sin oxígeno y tras cruzarme con un grupo guiado de turistas alemanes, llegué a lo más alto del Monte Benacantil, donde se situaba el castillo, y me olvidé del martirio al ver la belleza de la ciudad desde lo más alto: el puerto marítimo iluminado con sus luces de colores, la playa del Postiguet y los barrios de viviendas amontonados, todos alumbrados bajo el sol de la tarde que se escondía lentamente.

Caminé por los alrededores y me detuve ante uno de los cañones que había en las almenas. Me apoyé sobre la piedra y respiré el salitre y la humedad del verano mediterráneo que estaba a punto de llegar.

Entonces, sentí una presencia.

—Jamás me cansaré de subir aquí —dijo una voz acompasada por la suela de los zapatos. Era Hidalgo. Caminó hasta mí y se puso a mi lado. Sonaba cansado—. Será mejor que hables, no tenemos mucho tiempo.

—Ya me he enterado de tu candidatura —dije—. Esta vez, seguro que ganas.

—¿Para eso me has traído aquí? —preguntó, ofendido.

—Me has estado ocultando información, Antonio —contesté—. ¿Por qué?

—¿Qué esperabas? Si te llego a decir que me presento… —respondió—. En fin, me has metido en un buen lío, mamonazo.

—No hablo de tu candidatura —dije y giré el rostro—. Hablo de tu relación con Mónica Llopis.

—Ajá, es eso… Ahora te tengo que informar de mis amistades también. Vamos, no me fastidies, Gabriel. Ni que fueras mi mujer…

—Encontraron dos tipos de ADN en el cadáver de la chica —expliqué—. Tengo la impresión de que uno de ellos es el tuyo.

Su rostro se encogió.

—¿Lo ha dicho el informe?

—No, no he tenido acceso al informe, todavía —contesté—. El inspector Botella es el único que puede revelarme la identidad, pero vamos… ¿A qué estás jugando? ¡Estuviste con ella!

Hidalgo se echó el cabello hacia atrás con la mano. Estaba alterado.

—¡Esa información no puede salir a la luz, Gabriel! —exclamó señalándome con el dedo índice—. ¡Mierda! Mi mujer me ahogará como a un perro… Este divorcio me está costando la salud, el legal, quiero decir…

Hidalgo y su mujer hacía tiempo que habían dejado de vivir juntos.

—Tranquilo —dije y le puse una mano en el hombro. Después saqué un cigarrillo del paquete arrugado de mi bolsillo y lo encendí—. No me he reunido contigo para ponértelo más difícil. Somos amigos, ¿no?

—Eso espero…

—¿La mataste, Hidalgo? —pregunté mirándole a los ojos.

Sin quitarse las gafas de sol, innecesarias por la baja luz del atardecer, guardó silencio y sopesó la respuesta.

—Gabriel, ¿por quién me tomas? —dijo con voz pausada. No esperaba aquel revés dialéctico—. Jamás pondría las manos encima a nadie… Me sorprende que me preguntes algo así.

—Mónica no murió de un paro respiratorio —expliqué. Era mi amigo, tenía que creerle—. Alguien la envenenó a conciencia.

—Sí, eso leí en tu artículo… —contestó—. Está bien, tú ganas… Había algo entre Mónica y yo… No podría llamarlo un romance, pues no estábamos enamorados. Simplemente, ella llenaba una parte de mi vida que se había muerto hace años, la de mi matrimonio. Esa frescura de la juventud, la idea del

romance pasajero… Supongo que ella sentía algo igual. Venía de una familia cerrada y tradicional, donde la mujer ocupaba un segundo plano. Tanta presión terminaba saliendo por algún lado… En su caso, la cama. Le prometí que mantendría mis labios sellados.

—Guardaremos la voluntad de la difunta —contesté. Saqué de nuevo el teléfono para comprobar si Botella me había devuelto las llamadas, pero la pantalla estaba apagada. Se había agotado la batería—. Maldita sea.

—Deberías darte un respiro, Gabriel —comentó con tono paternalista—. ¿Cómo van las cosas con Patricia? ¿Han mejorado?

—No —respondí—. Honestamente, no podrían ir peor… No puedo dejar este caso.

—Eres periodista, no policía.

—Debo contar la verdad, Hidalgo.

—¿De quién sospechas?

—De todos, para serte franco —dije—. Pero tengo la sensación de que las paredes son de papel y todo lo que toco se derrumba.

—En serio, déjalo estar —insistió—. Si sigues metiéndote donde no te llaman, tarde o temprano, te mandarán a un policía a buscarte las cosquillas… Ya has llegado demasiado lejos, no te lo tomes como algo personal.

—Necesito que me hagas un favor, Hidalgo.

—Tú dirás.

—Tienes que hacer una llamada, a mi jefe, y prometerle algo.

—Algo, ¿como qué?

* * *

Regresé al día siguiente a la redacción con el temor a la negativa de Ortiz al verme por allí. No había logrado encender el teléfono. Patricia se había llevado su cargador y el mío seguía en la redacción del diario. Recé todo lo que supe para que Ortiz estuviese de buen humor e Hidalgo hubiera hecho bien su trabajo.

Cuando crucé el umbral de la redacción, vi a una joven sentada en mi escritorio mientras ordenaba sus notas. Sin demasiado interés, pregunté a uno de los becarios dónde se encontraba Ortiz y me dirigí a su despacho.

—¿Se puede? —pregunté abriendo la puerta.

—Buenos días, Caballero —contestó—. Siento que te enteres por la competencia.

Ortiz dejó un impreso del Información en la que aparecía un titular llamativo.

Caso Rector: Inspector de policía encontrado sin vida en su domicilio.

Leí el resto de la noticia.

El inspector Botella había sido encontrado sin vida la noche anterior en su casa.

Un escape de monóxido de carbono del cuarto de baño habría penetrado en los pulmones del policía hasta adormecerlo y paralizar sus músculos. La exposición prolongada al gas tóxico terminaría con la vida del hombre.

El monóxido de carbono era conocido por muerte dulce ya que resultaba inodoro, incoloro e insípido. El inspector jamás se daría cuenta de que estaba sufriendo una intoxicación.

Un amigo de la víctima y varios vecinos avisaron a los servicios médicos horas después de la intoxicación, cuando el señor Botella no atendía a ningún tipo de llamada.

—Madre mía… —dije entristecido. Le había cogido cariño

al inspector, sin contar que el asunto se ponía todavía más negro. La investigación se iba al traste—. Esto no ha sido una casualidad, Ortiz.

El jefe retiró el ejemplar y me invitó a que me sentara.

—Ayer me llamó tu amigo Hidalgo —dijo echándose hacia atrás en el respaldo de su silla giratoria—. Te lo agradezco. Por una vez en meses, he podido dormir del tirón.

—El futuro de esta redacción está todavía más turbio que el asesinato de Llopis.

—Así es, Caballero —contestó—. Míranos, sólo nosotros dos estamos dados de alta, y todavía así, cobramos una miseria.

—Sin nombrar a los becarios.

—Ellos forman parte de una rueda que nunca dejará de girar —dijo y suspiró. Abrió la cajonera del escritorio, movió el teclado a un lado, sacó dos vasos chatos de cristal y una botella de brandy Fundador. Después llenó los vasos—. Por el inspector.

—Por Botella —contesté—. Salud.

El trago de brandy me sentó como agua bendita. Ortiz lo necesitaba tanto como yo.

—¿A qué has venido, Caballero? —preguntó sosteniendo el vaso—. Ya nos conocemos, así que puedes ahorrarte las excusas.

—He venido a disculparme por lo que hice, jefe… —contesté. La ocasión lo requería—. Y a recoger mis cosas.

Ortiz se rio.

—Mientes muy mal, Caballero —contestó—. Disculpas aceptadas, pero ¿tú, largarte? Venga ya, hombre.

—Está bien, tú ganas… Tengo que regresar al diario.

—Eso está hecho —contestó con una sonrisa—. Puedes empezar con la chica que está ocupando tu puesto. Necesita unas clases de ofimática.

—Me refiero a publicar —insistí—. Debo llegar hasta el final de este caso.

—A mí me la suda ya todo, Caballero —contestó rellenando los dos vasos—. La redacción está en coma, estado terminal… Sólo me queda creer en tu amiguito.

—¿Es eso un sí?

—Pero nada de pedir favores a terceros —contestó—. Ni de contar mentiras, Gabriel. Esta vez, no puedo ayudarte, el barco se hunde y bastante mierda tenemos ya.

—Confía en mí, volveremos a flote.

Me levanté satisfecho aunque apenado por la noticia. Carecía de sentido pedirle a Ortiz que investigara la dirección del inspector Botella. No encontraría lo que estaba buscando. Abandoné el despacho y me acerqué hasta la chica que ocupaba mi escritorio. Era muy guapa y muy joven, apenas tendría los veinte años cumplidos. Esa chica con mechas rubias y ojos verdes, no tardaría en hacer carrera en las cadenas nacionales. Fue una auténtica lástima que, durante aquellos días, mi vida estuviera concentrada en otros quehaceres. Conecté el teléfono al cargador. La pantalla se encendió. Recibí un mensaje de llamadas sin contestar y un misterioso mensaje de texto desde el teléfono de Botella. Nunca se está preparado para leer las palabras póstumas de alguien cercano.

Tras varios segundos, me decidí.

Abrí el mensaje.

El texto estaba dividido en dos partes.

MACIÁ TIENE LOS ANÁLI-

Esperé al segundo mensaje, pero jamás llegó nada.

Fui incapaz de interpretar el resto del mensaje. ¿Maciá? ¿Los análisis? Botella habría descubierto algo y por eso me había escrito. Pero, ¿el qué? Si Antonio Maciá poseía algo, había

llegado el momento de compartir el secreto.

La situación comenzaba a provocarme náuseas, dolores musculares, siempre de aquí para allá. El periodismo como profesión, ofrecía la gratificación por conocer la veracidad de la historia, a pesar de su precariedad y de lo que las altas esferas que controlan los diarios permitan publicar.

La chica seguía ordenando sus folios y grapándolos para ponerlos en una funda de plástico. Junto a los materiales de oficina, vislumbré una cuchilla para cortar cartón. La agarré y me la eché al bolsillo.

Desconocía si volvería a pisar esa redacción alguna vez. Después de todo, desconocía lo que podría pasar al adentrarme en las instalaciones de Fharma. Pero sólo existía una forma de saberlo.

15

Salí disparado como una bala de revólver hacia las instalaciones de Fharma al volante de mi Seat Ibiza rojo y bajo el ritmo de Pink Floyd cantando *Money.*

En veinte minutos me encontraba en la puerta de la empresa. El propietario del bar se sorprendió de mi visita cuando me vio frente a su local. Aparqué, bajé del coche e irrumpí en la recepción como un tornado.

—Hola, guapa —le dije a Luna antes de que soltara una palabra—. He venido a hablar con tu jefe.

Subí las escaleras sin que la muchacha se opusiera, y la vi levantando el teléfono de la recepción. Ese día, el edificio se encontraba en su máximo esplendor. Las habitaciones de cristal estaban llenas de individuos jóvenes vestidos con camisa, tanto ellos como ellas. Avisté a Maciá al fondo de la sala, en su despacho, hablando con una señorita de figura envidiable y logré alcanzar el cuarto dando varias zancadas.

—¿Tú? ¿Quién te ha dejado entrar? —dijo, sorprendido por mi presencia. La chica se dio la vuelta.

—Será mejor que hablemos, Maciá —contesté—. Por las buenas o por las malas.

La seguridad que desprendieron mis palabras llamó la atención del empresario. Con un gesto suave en el brazo le indicó

a la chica que abandonara la sala. Después cerré la puerta de un golpe.

—¿Qué haces aquí, Caballero? —preguntó, molesto por mi presencia—. ¿No te quedaron las cosas claras la última vez?

—Anoche el inspector Botella fue encontrado sin vida en su casa —contesté—. Qué casualidad, ¿no? Te lo limpiaste, pero te olvidaste de mí.

Maciá parecía confundido.

—¿Qué cojones me estás contando, imbécil? —bramó, con el rostro apretado—. Yo no he matado a nadie, a ver si te enteras.

Saqué el cúter de mi bolsillo y lo empuñé frente a su rostro.

—Botella me envió un mensaje de texto —expliqué—. Por desgracia, no puedo entender lo que quería contarme puesto que estaba incompleto… Pero tú me vas a dar la respuesta. ¿Qué análisis tienes, Maciá?

—¿Análisis? —dijo—. Será mejor que bajes eso, no querrás hacer ninguna idiotez.

—Botella sabía que tú tenías los análisis —dije echándome un farol. Ni siquiera sabía de qué análisis hablaba—. Eso te relaciona con Llopis. ¡Habla!

—¡Ey! ¡Espera! —Exclamó mostrando las manos—. Yo no maté a Mónica. Sólo nos estábamos divirtiendo, pero eso ya lo sabías tú. Yo le daba lo que tu amigo el profesor no podía, y ella me contaba cómo iba en los laboratorios de la facultad.

—¿De qué estamos hablando?

—Patrociné la campaña de Mónica a cambio de, ya sabes, cooperar con la Facultad de Biología de la universidad. Eso es todo. Si Mónica salía rectora, yo tomaría el control de los laboratorios y nosotros nos encargaríamos de la distribución de fármacos.

—¿Y qué pasó? —pregunté.

—¿Qué pasó? —exclamó—. ¿Qué estúpida pregunta es esa? ¡Mónica está muerta!

—Fue envenenada con arsénico —contesté—. Algo que tú utilizas en tus fármacos.

Maciá se derrumbaba frase tras frase.

—Escúchame —dijo con la frente sudada—. Soy un hombre casado, tengo una mujer. La relación con Mónica no podía ir muy lejos, pero ella tampoco iba a decir nada. Nos llevábamos bien y sabía que ella se escondía de Hidalgo. Yo no la maté, te lo juro.

—Eso se lo tendrás que contar al juez —dije—. ¿Y el numerito de la calle? Le agrediste a un tío que os veía discutir.

—Joder, eso… —contestó abochornado—. Mónica me dijo que no le golpeara, pero… ¿Qué harías tú si un capullo llama puta a la chica con la que vas? Por favor, Caballero, pensé que eras un hombre con código moral.

—Lo soy, cuando no intentan atropellarme —respondí. Maciá se deshinchaba como una pelota agujereada. Parecía arrepentido, aunque eso no era un argumento para descartarlo como homicida—. Háblame de los análisis.

—Análisis, análisis… —dijo a regañadientes—. ¡Maldita sea! ¡Me estás volviendo majareta! No sé de qué me hablas.

—Te lo repito. El inspector Botella me escribió un mensaje antes de morir. Había descubierto algo sobre unos análisis que están en tu posesión.

—De verdad, estoy perdido —contestó—. Sólo hay unos análisis que conozco, además de los que encontraron en su cuerpo, pero no tienen nada que aportar a esto.

—Háblame de ellos —insistí acercando la cuchilla.

—Baja eso, anda —ordenó, a sabiendas de que no lo iba a agredir—. Los laboratorios habían dado con una cura más

rápida que la nuestra. Eso interfería en mis intereses como inversor. Si la universidad obtiene luz verde, no hay quien se haga con la patente. ¿Sabes qué significa eso? Una pérdida de dinero abismal… Le pedí a Mónica que se encargara de ello, de hacer algo, pero ella me dijo que los análisis habían dado negativo, por lo que no había que preocuparse.

Las palabras de Maciá resonaron en mi cabeza como una resaca de Año Nuevo.

—No puede ser verdad —dije.

—Ya te digo yo que sí, eso fue lo que ella me dijo —insistió.

La escalera de naipes se derrumbaba de nuevo. ¿Hasta cuándo?

—Tengo que irme —dije guardando la cuchilla y saliendo de la sala, pensativo.

—¡Gabriel! ¡Oye! —gritó.

Crucé el pasillo bajo la mirada de los empleados que parecían congelados, atónitos por el espectáculo que habíamos dado.

Vueltas y más vueltas, mi paciencia se agotaba como la arena de un reloj.

16

Cabreado por el tsunami de situaciones que acumulaba sobre mis hombros, conduje esperanzado, una vez más, hasta el edificio de la Facultad de Ciencias de la universidad. En plena época previa a los exámenes, por allí no quedaban más que vagos y despreocupados que bebían cervezas por los alrededores o se liaban algún canuto de hierba.

Crucé la puerta principal y me dirigí al portero con el que había coincidido anteriormente para preguntarle por el señor Casavieja.

Dada su ausencia, decidí no quedarme de brazos cruzados y sonsacar nuevos matices sobre el profesor. Al caminar por los pasillos, encontré una puerta abierta que daba a uno de los laboratorios del edificio. Allí, un grupo formado por tres chicos y dos chicas limpiaban las probetas.

—¿Buscas a alguien? —dijo una chica morena, con bata blanca y labios carnosos.

—Me he perdido —contesté con una sonrisa—, aunque no me importa demasiado…

Uno de los chicos, con gafas de plástico, se acercó a mí.

—No puede estar aquí —dijo—. Nos metería en un problema.

—En realidad, estoy buscando al profesor Casavieja —contesté con autoridad—. Somos amigos. ¿Sois estudiantes suyos?

—No —contestó la chica. El chico que se había adelantado se sintió traicionado—. Trabajamos aquí, en el laboratorio.

—Becarios —respondí, entré en la sala y cerré la puerta del laboratorio—. ¿Cómo habéis terminado aquí?

Los dos se miraron. Los otros tres seguían limpiando el material de trabajo.

—¿Qué le importa? —preguntó el chico.

—Escucha, chaval —contesté, poniendo al joven en su lugar—. Estamos investigando un crimen. Más vale que colabores si no quieres perder las prácticas.

—Nos ponen a dedo —dijo la chica, que mostraba con descaro su interés hacia mí. El chico la volvió a mirar con desprecio—. Es cierto, no tienes por qué mirarme así… Los del GIPE nos usan como quieren, vamos rotando como ratas.

—¿GIPE? —pregunté.

—El gabinete que nos busca empleo y prácticas —añadió el chico.

—¿Y por qué seguís aquí? —pregunté.

Aquella chica me recordaba a Patricia, la mujer que tiraba nuestro amor por la borda, cuando lo nuestro se estaba hundiendo como el Titanic.

—Nos cuentan que después nos enchufarán en otra parte, contactos, eso dicen… —respondió el chico.

—En el fondo —dijo la chica—, esto es una tapadera para justificar presupuestos, dar trabajo a profesores acabados y llevar adelante proyectos basura de doctores frustrados.

—¿Y tú te llamas?

—Leonor —contestó ella con una sonrisa. Pensaba que jamás se lo preguntaría.

—Dime, Leonor… ¿En qué proyectos habéis estado trabajando últimamente?

—No podemos hablar de eso contigo —se entrometió el chico. No parecía estar de acuerdo con que la chica me bailara el agua—. Es información confidencial.

—Nadie te ha dado vela, chico —contesté—. Será mejor que vayas a limpiar tus cacharros.

La chica se rio, nuestras miradas se cruzaron y después se sonrojó. El joven científico se fue malhumorado y lleno de impotencia, incapaz de golpearme allí mismo. Aquello había sido una lección de vida. No sería el primero que lo enfrentaría en los años venideros. De haber sido él, me hubiese golpeado. Pero mi jungla no era un laboratorio sino la calle. Algunas cosas, ni la propia ciencia puede explicar.

—Hemos estado trabajando en un fármaco que retrasa el crecimiento de las células cancerosas hasta detenerlas —comentó la chica sin quitarme ojo—. Por primera vez, tenemos ilusión en un proyecto. Las últimas pruebas han sido positivas y estamos a punto de recibir la luz verde del Ministerio.

—¿Quién encabeza el proyecto? —pregunté conociendo la respuesta—. Déjame adivinarlo… El profesor Casavieja, ¿cierto?

—Así es. Es un buen hombre. Nos ha mantenido motivados todo el tiempo.

—Una cosa más, Leonor —dije acercándome unos centímetros a ella. La chica no parecía asustarse sino todo lo contrario. La tensión sexual entre los dos crecía. Mi presencia parecía excitarla—. ¿Qué sabes del arsénico?

—Es un veneno.

Entonces, la puerta se abrió y unos pasos se escucharon al entrar.

—¿Señor Caballero? —preguntó una voz a lo lejos. Pude reconocerla. Era la voz del profesor Casavieja.

—Leonor, debo irme —susurré, después metí la mano en el bolsillo, abrí la billetera, saqué una tarjeta de visita y se la di a la chica—. Llámame, me gustaría verte de nuevo y hablar… de otros temas.

La chica sonrió.

—Ya veremos.

Me giré y encontré a Casavieja, en la puerta del laboratorio, vestido con su bata blanca.

—Profesor, lo estaba buscando…

—Vayamos a un lugar más privado, Caballero —contestó sin moverse de la puerta—. ¿Me acompaña a mi despacho?

17

Seguí a Casavieja hasta la planta superior. Regresamos al pasillo en el que se encontraban todos los despachos de los profesores de la universidad. Con un andar pausado, el profesor miraba por encima de los ojos de buey con el fin de encontrar a alguien. Casualmente o no, se detuvo frente a la puerta del antiguo despacho de Mónica Llopis, introdujo una llave en la cerradura, abrió y entró.

El antiguo habitáculo de la extinta rectora se había convertido en el nuevo despacho de Casavieja. No podía creerlo. Eso estaba a punto de confirmar todas mis teorías.

Entré en el cuarto sin comentar nada al respecto. Sentí una corriente de aire templado que salía por alguno de los conductos de ventilación. Las ventanas estaban cerradas y el aparato de aire acondicionado, desconectado. Casavieja tenía el rostro húmedo y brillante, pero no comentó nada y se sentó en la silla giratoria que había tras el escritorio. Di un vistazo ligero, y me di cuenta de que no había cambiado la disposición de los muebles. Todo se encontraba en el mismo sitio. Algo inusualm, que me hizo pensar que le había faltado tiempo para apropiarse del despacho.

—Siéntese —ordenó—. Parece cansado, ¿quiere un poco de agua?

—Sí, por favor —contesté. Noté un hormigueo recorriendo mis brazos. Algo no estaba bien en ese lugar—. Hace mucho calor, ¿le importaría abrir la ventana?

El doctor me miró sorprendido, pero no comentó nada al respecto. Sirvió un vaso de agua de la máquina y abrió la cristalera. El fresco de la calle comenzó a limpiar el aire viciado de la habitación.

—¿Y bien? —preguntó Casavieja—. Usted dirá para qué quería hablar conmigo… Dudo mucho que viniera para flirtear con mis estudiantes.

El vaso de plástico con agua estaba encima del escritorio. Casavieja lo miraba atento, como si tuviera un interés especial en él. Ese gesto me alertó. Tenía la boca seca y me encontraba cansado por la larga semana, pero algo en mi interior me decía que no era buena idea beber esa agua.

—Botella me contó la verdad sobre los análisis —dije acalorado.

—¿Se encuentra bien, Caballero? —cuestionó—. No sea estúpido y beba agua.

—No, gracias.

El doctor se rio.

Cogió el vaso y se lo bebió de un trago.

—¿Ve? —me preguntó—. ¿Se fía ahora de mí?

Volvió a rellenar el vaso y me lo puso delante.

—Usted mismo dijo que Llopis había sido envenenada por arsénico —contesté—. El arsénico es un veneno potente que a su vez se puede dosificar hasta llevar a la víctima a intoxicación completa, sin que se dé cuenta.

—Así es, ha hecho usted bien los deberes —respondió, recostado en su silla—. ¿Qué tiene que ver eso con el agua?

—Este es el despacho de Llopis, al que usted ha tenido acceso

durante todo este tiempo —expliqué—. Así que supongo que también lo tenía antes de que ella falleciera. Todos le quieren por aquí.

—Vaya, es interesante la dirección que toman sus acusaciones.

—¿Qué mejor lugar que un dispensador de agua para envenenarla lentamente? Jamás lo notaría, el arsénico es insípido e incoloro. Diluido en cinco litros de agua, sólo hacía falta que la ingiriera lentamente hasta resultar intoxicada por completo.

—Muy agudo, Caballero —dijo con una sonrisa. Estaba tranquilo, como si esperara todo aquello—. Pero como comprenderá, no iba a permitir que la policía encontrara los restos en el bidón de agua. Eso les ahorraría el trabajo.

—Así que fue usted quien la envenenó —contesté fatigado—. Fue usted quien se deshizo de ella.

—Beba agua, le va a dar un bajón de tensión —respondió y yo me acerqué el vaso a los labios. No podía aguantar más. El agua me refrescó. No tenía salida. De un modo u otro, había caído en su trampa—. Gracias… Verá Caballero, sé que le resultará inédito lo que le voy a contar, aunque tampoco espero que me entienda ni esté de mi lado… Mónica Llopis era una mala mujer, una auténtica hija de perra.

El profesor despertaba a la bestia de su interior.

—Pero usted dijo…

—Sí, sé lo que dije —contestó—. Gracias a ella obtuve este trabajo, pero las cosas cambiaron cuando una de las investigaciones tomó buen rumbo y chocó con los intereses de Llopis.

—Fharma.

—Así es —afirmó—. El canalla de Maciá, un niño de papá con olfato económico, no tuvo remordimientos para seducir a Mónica y llenarle la cabeza de pájaros. Ella era una chica muy

segura de sí misma, aunque tenía debilidad por los hombres malos. Maciá es el prototipo de seductor machista que sabe mover la psique femenina como si fuera una peonza.

—¿Estaba usted celoso? —pregunté.

El doctor se inclinó hacia delante con el cuello enrojecido.

—Siempre amé a Mónica y me preocupé por ella —contestó reprimiendo sus sentimientos—. Sabía que ella no sentía lo mismo por mí, pero no iba a tolerar que mandase mi investigación a la mierda, un proyecto que podía salvar miles de vidas.

—Y del que Maciá pretendía sacar partido para vendérselo a las farmacéuticas.

—Correcto —respondió—. Ella le había mentido a él, a mí, a todos. Había falsificado los resultados de las pruebas finales para regalárselo a ese desgraciado. Presionó y sobornó a todo aquel que hizo falta para que no salieran a la luz. ¡Todos nuestros años de trabajo! ¡Vidas humanas, Caballero! ¡Vidas humanas! Esa investigación es todo lo que me queda de una carrera llena de errores…

—A Mónica no parecía preocuparle mucho la universidad.

—Por supuesto que no… —dijo—. El rectorado era sólo un impulso para ampliar sus conexiones. Ella estaba interesada en la política, quería hacer carrera y no tenía ningún pudor en arrasar con todo lo que fuese necesario.

En cierto modo, empaticé con la persona que tenía delante. La ambición de Mónica la había llevado a una caja de madera. Sin embargo, no podía olvidar que estaba frente a un homicida.

—¿Qué pasó con Botella? —pregunté—. La historia del monóxido de carbono fue muy sospechosa.

—Botella… —dijo suspirando—. El pobre llegó demasiado lejos. No podía hacer otra cosa.

—Es usted un loco, Casavieja.

—No me malinterprete, chico —contestó—. Botella no sufrió. Cometió el error de compartir conmigo su descubrimiento. Estaba obsesionado con Maciá y quería meterlo entre barrotes cuanto antes. Encontró una incongruencia entre los análisis, lo cual lo llevó hasta Maciá. Tenía que pararle los pies antes de que hablara con él, porque terminaría dando conmigo, como ha hecho usted.

—Era su amigo.

—La amistad es una palabra tan hueca y abstracta… —respondió el profesor, de nuevo relajado en su silla—. Botella y yo teníamos una amistad de intereses, pero él lo hacía por Mónica y por un ascenso en el Cuerpo. Su carrera estaba estancada y si hubiese descubierto que había sido yo, habría sido el primero en colgarse la medalla públicamente. Era un pobre ignorante, sólo le importaba lo que su mujer pensara de él.

—Fue usted quien lo hiló todo, ¿verdad? —dije con lucidez, dándome cuenta cómo se ataban los cabos, poco a poco, con suavidad—. La tarjeta del restaurante, el informe con el ADN desconocido, su colaboración en el caso en todo momento, sin meter demasiado las narices. Sabía que si nos concentrábamos en Hidalgo y en Maciá, tendríamos trabajo suficiente como para acusar a un inocente y terminar con nuestra credibilidad.

—Ni siquiera sabremos si Llopis estuvo con esos hombres… —explicó con una sonrisa—. Usted y Botella, ambos, como perros en busca de sus huesos.

—Necesitábamos creer en algo.

—Lo que nunca llegué a pensar era que un periodista de poca monta, como tú, terminara sentado en esta silla —contestó cambiando el tono—. Me has sorprendido, Caballero. Has resuelto el rompecabezas.

—Irá a la cárcel, publicaré esta historia y terminará entre rejas —contesté. Estaba nervioso. Me sentía bien, aunque dudaba de que ya hubiese mordido su anzuelo—. No podrá conmigo, Casavieja. Nadie puede con Gabriel Caballero.

—Ya veo… —contestó sin moverse de su asiento—. ¿Qué piensas hacer? ¿Escribir una página en tu diario? No pierdas el tiempo.

—Me está subestimando.

—Gabriel, escúchame, anda —dijo mirándome a los ojos—. No estoy orgulloso por lo que he hecho, pero créeme que hay gente más peligrosa por encima de mí. Tu historia jamás verá la luz. La fiscalía cerró el caso para siempre por no encontrar ningún tipo de evidencia.

—Todavía tengo una copia de los análisis forenses.

—Son falsos, una copia barata —contestó—. Con lo fresca que Llopis era, lo más lógico sería que se encontraran más sorpresas.

—Eres un maldito hijo de perra.

—No te enfades conmigo. Haz lo que te dé la gana, que yo me quedo aquí. Ve a tu querida redacción, si no la han convertido ya en un Starbucks. Escribe esa noticia y envíame un mensaje cuando se publique. Pero piénsalo bien. Puedes pasar página y salvar a cientos de pacientes terminales. También puedes perder el tiempo y molestarte en que salga a la luz, porque todo lo que hagas por ello será en vano. Aprenderás lo que se siente al ser ignorado, entenderás lo podridas que están las cosas en esta ciudad.

18

Conducía de vuelta a casa con un amargor propio de la insatisfacción. El profesor Casavieja no había intentado envenenarme, no era su cometido. Por desgracia, tenía que otorgarle la razón: la historia no llegaría muy lejos, por mucho ahínco que pusiera en ello. Sin el testimonio de Botella, no habría posibilidad alguna. Casavieja había eliminado todas las pruebas posibles, así que la policía no encontraría nada. Todo quedaría en una mentira para manchar el honor del policía. Pedirle ayuda a Hidalgo sería un esfuerzo en vano puesto que no me ayudaría. Casavieja tenía demasiadas evidencias para arruinar la carrera y la vida de mi amigo. Sobre Maciá, mejor ni pensar. Finalmente, me quedaba Ortiz, que estaría más preocupado por su nueva plaza como profesor asociado, que en patinar de nuevo con una noticia falsa. Me sentí traicionado por todos y desgraciado por ser incapaz de terminar la historia. Otro archivo que quedaría triturado por la máquina que había en la redacción. Al llegar a la fuente de la plaza de los Luceros, entendí que lo mejor sería pasar página, olvidar todo lo sucedido y tratar de poner orden en mi descuidada vida.

El destino me llevó a bajar hasta por la avenida Federico Soto para acercarme a la costa y así ver el mar. Encontrarme junto a la costa me daba seguridad.

18

Por alguna extraña razón, no quería regresar al apartamento. Necesitaba descansar, eso era indudable. Coger la cama con ganas, soñar con que Patricia había vuelto a dormir bajo las sábanas. Sé que era mucho pedir, pero todavía quedaba un ligero halo de esperanza por traerla de vuelta. Esta vez lo haría sin falsas promesas. El caso de Llopis había terminado y estaba convencido de que no tenía sentido volver atrás. De nuevo, la cruda realidad y los intereses económicos ganaban a la verdad. Pero no debía fustigarme por ello, no contaba con los recursos ni la ayuda suficiente.

—Otra vez será, amigo —me dije a mí mismo parado en un semáforo junto a la explanada. El locutor de Radio3 ponía *Que hace una chica como tú en un sitio como este* de Burning. Observando a los viandantes tras los cristales oscuros de mis gafas de sol, vi algo que llamó mi atención en el paseo.

Mujer fatal…

No podía dar crédito. El corazón me latía con fuerza. Deseé que la luz se pusiera en verde para salir de allí pisando el acelerador.

Siempre con problemas…

Era Patricia. Iba de la mano de un chico alto y moreno con gafas de aviador.

Las tripas se me revolvieron y una bola de nervios se formó en la boca de mi estómago.

Mujer fatal…

Patricia no me había dejado. Me había reemplazado por otro más alto, más moreno y tal vez, con más dinero. Si bien fue sólo cuestión de segundos aquel fue el semáforo más largo de mi vida. Aunque seamos conscientes de que la marea nos puede arrastrar hasta el fondo, nunca estamos preparados cuando llega el momento.

"Hay muchas Patricias en este mundo", dijo Hidalgo poco antes de saltar al vacío.

Puede que mi amigo tuviera razón. El mundo, mi mundo, giraba alrededor de Patricia, y ella no hizo más que romperlo en trocitos. Seguramente hubiese tomado la decisión tiempo atrás, mucho antes de que empezara todo esto. Siempre existirán cosas que jamás entenderé, entre ellas, el respeto a la lealtad. Había crecido en un mundo ideal, donde la fidelidad todavía significaba algo en las relaciones de pareja. Por el contrario, vivía en un mundo moderno donde los contratos sentimentales podían ser quebrantados a cualquier hora, en cualquier momento, en cualquier lugar.

La luz se puso verde. Patricia besó a aquel chico en medio de la calle, como haría conmigo semanas, meses, años antes. Por una milésima de segundo, tuve la sensación de que nuestras miradas se cruzaron. Su rostro se encogió y el beso que entregaba perdió fuerza. Pero ya era demasiado tarde. El barco del amor se había hundido tanto en la profundidad del mar, que no sería más que un tesoro para coleccionistas.

Al llegar a casa, antes de introducir la llave en la puerta, se me cruzó la ligera y estúpida idea de que, todo lo que había visto, hubiese sido fruto de la imaginación. Pero no fue así.

El piso se encontraba vacío.

La mujer fatal. La chica de ayer había desaparecido.

Patricia se lo había llevado todo y lo había hecho para siempre.

19

El miércoles por la mañana visité la redacción. Entre mis dedos llevaba un artículo de tres páginas redactado a una cara y un lápiz de memoria con el documento guardado en él. Tras reflexionarlo, sería la última vez que pisaría ese lugar. El apartamento se había derrumbado a mi alrededor escribiendo aquel reportaje. Pese a todo lo que dijera Casavieja, tenía que disparar la última bala.

La herida emocional que Patricia me dejó, seguía sangrando y tardaría en sanar. Había tomado la determinación de que mi lugar no se encontraba entre diarios y redacciones, sino lejos de la ciudad. Buscaría un trabajo estable, alejado de los entornos perniciosos, del vicio y la nocturnidad. Trabajaría como redactor publicitario o traduciendo notas de prensa en una agencia de noticias. Cualquier trabajo, que no me empujara a la calle, sería más que suficiente para restablecer el orden de mi vida y acomodarme en una rutina mundana y aburrida.

Pasé por la puerta de la redacción y vi rostros jóvenes y desconocidos. Había perdido la cuenta de los becarios que trabajaban con nosotros. La hermosa chica que ocupaba mi escritorio días antes había sido reemplazada por un joven rubio con acné y gafas de pasta.

—Buenos días —dije, aunque nadie contestó. Todos tecleaban

delante de sus pantallas como ratas de laboratorio, creyendo que algún día ocuparían el escritorio del jefe. Hace unos años, yo había sido uno de ellos y hubiese matado por escribir la historia que llevaba en mi mano.

Toqué la puerta con los nudillos. Fue un momento extraño.

Nunca resulta agradable decir adiós.

—Adelante —dijo Ortiz. Empujé la puerta y lo vi delante de su ordenador—. Hombre, Caballero. ¿Qué es lo que tienes para mí?

—Lo prometido es deuda —dije y le entregué los folios—. Soy un hombre de palabra.

El jefe se tomó unos minutos para leer las tres páginas. No emitió ningún ruido hasta que llegó a la última cara.

—Maldita sea, Gabriel —dijo llamándome por mi nombre, algo inusual en nuestra relación—. Esto es una maldita barbaridad, lo mejor que he leído en muchos años…

—¿De verdad? —pregunté desesperanzado—. Creí que te daba igual todo.

—Debo reconocer que has hecho un trabajo magnífico —contestó—. Tienes madera, estilo y agallas para convertirte en un reportero decente.

—Entonces, ¿lo vas a publicar?

—Me temo que no, Caballero —contestó y dejó los papeles sobre el escritorio. Después me regaló una mirada misericordiosa—. La policía ha estado por aquí estos días. El comisario me ha llamado personalmente. Están a la espera del nuevo sustituto del inspector y no quieren que se publiquen más falacias sobre los difuntos, ni de Llopis, ni de Botella. Lo siento.

Casavieja tenía razón. Se iría a la tumba con su secreto porque a nadie le interesaría conocer la verdad.

—Dejo el trabajo, Ortiz —respondí—. Me largo de aquí.

—¿Es una rabieta, Caballero?

—No. Hablo en serio —dije—. Gracias por todo, has sido un buen jefe.

—Pero… ¡Espera! —Exclamó aunque demasiado tarde. Cerré la puerta con un fuerte golpe y salí de allí en busca de un bar en el que disfrutar del resto del día. Eran las doce del mediodía, tenía mucho tiempo por delante. Quizá fuese el momento de terminar ese libro que tanto deseaba escribir. Caminé algunos metros y saqué el teléfono móvil. Había una llamada perdida de Patricia.

Entré en la lista de contactos y cambié su nombre por el de *no coger.*

El teléfono vibró en mi mano. Era Hidalgo.

—¿Sí?

—¿Dónde paras, Gabriel? —preguntó con voz amigable. Algo sucedía.

—Acabo de dejar el trabajo —contesté—. Patricia se ha largado y me ha sido infiel con otro. Me disponía a emborracharme en un bar.

—Vaya, eres un hombre de costumbres —respondió con una risa tonta—. Me alegra haberte pillado todavía sobrio. ¿Te gustaría tomar el aperitivo conmigo?

—Si invitas tú, claro —respondí—. No me alcanza el bolsillo para los sitios que frecuentas.

Hidalgo se rio al otro lado del teléfono.

* * *

Junto al paseo marítimo, Hidalgo tomaba un gin-tonic con una rodaja de limón, en la terraza del Noray, el bar por excelencia

de aquellos que disfrutaban viendo los yates de otros. Tenía un aspecto relajado, como si a pesar de toda la mierda que había llovido, la vida estuviese en orden.

Me senté en una silla de aluminio y el camarero se acercó.

—¿Qué le pongo?

—Un vermú —ordené—. En vaso ancho y corto, con mucho hielo, bien frío y aceituna.

—Entendido, ¿algo más?

—Sí —dije—. Unos altramuces, si es tan amable.

El camarero se marchó y encontré el rostro de Hidalgo resplandeciente como el polo amarillo de manga corta que llevaba aquel día.

—Eres único, Gabriel —dijo con su bebida en la mano. A mi parecer, no era el primero que se tomaba—. Un personaje de novela.

—Hidalgo… —comenté mientras el camarero sirvió lo que había pedido—. Maldita sea, me ha puesto dos olivas y le he dicho una.

—Tranquilo, amigo —respondió Antonio—. Se la quitas y ya está…

—¿Y tú por qué estás tan contento?

—Porque me he cansado de no estarlo.

—Me alegra verte de buen humor —dije con honestidad—. En realidad, si he venido es para disculparme por todo lo que ha ocurrido. Creo que el karma me lo ha pagado por partida doble.

—Disculpas aceptadas —contestó con una sonrisa—. Y sobre lo que te ha sucedido, no hay por qué preocuparse. Es el ciclo de la vida…Empezarás a disfrutar de ella cuando aceptes sus imperfecciones, Gabriel.

—Dar las gracias a Dios por lo que nos da y nos quita

—respondí con una mueca—. Por lo menos llegué al final de toda esta historia.

—Mejor no me la cuentes —interrumpió dando un sorbo a su ginebra—. Prefiero no saber nada… Por cierto, hay algo por lo que me he reunido contigo aquí.

No me gustó cómo sonó eso. Era lo más parecido a una ruptura.

—Si es sobre el trabajo como profesor asociado, no te preocupes —dije—. Entiendo si no hay nada para mí…

—Como ya sabes, Gabriel —explicó—, probablemente salga elegido rector… Eso significa que no puedo ser partícipe de más historias de suspense, ni de escándalos o juergas nocturnas, ya me entiendes…

—Echar una cana al aire, de vez en cuando, no hace ningún mal a nadie, Antoñito…

—No —sentenció—. Tenemos que dejar de vernos por una temporada. No te lo tomes como algo personal, sólo es que van a exigirme demasiado y debo estar a la altura de la situación. Espero que lo entiendas.

Antonio estaba rompiendo conmigo. Tan triste como la letra de un fado.

—Pues no, no te entiendo, pero si es lo que quieres… No me opondré.

Hidalgo levantó su copa y me invitó a que lo acompañara en un brindis que marcaba el final de un ciclo: nuestra amistad.

20

Como el amigo que era, si debíamos poner broche a nuestros encuentros, qué mejor forma de hacerlo que en la investidura a rector. Era un día extraño, primero de junio, soleado y con un calor de mil demonios en el cuerpo. No acostumbraba a vestir de americana y mucho menos bajo aquellas temperaturas. No tenía invitación aunque no fue un impedimento para que me plantara en el paraninfo de la Universidad de Alicante junto al resto de invitados. Volver allí tras las dos semanas más terribles de mi vida, no resultaba nada fácil. Todavía seguían vivas en mis memorias las imágenes de Botella, el espectáculo en el salón de actos tras la muerte de Llopis y la mirada de Maciá en el aparcamiento. Pero allí nos encontrábamos todos, como si nada hubiese sucedido, las mismas caras, los mismos zapatos que, de nuevo, investirían a Hidalgo como rector de la universidad. El vicerrector Ramírez vestido con sus mejores galas, el *president* de la Generalidad Valenciana, todavía traspuesto y con el rostro pálido por lo que pudiera pasar. Me senté en una de las butacas y observé a Hidalgo vestido de traje, elegante y con una sonrisa que no le cabía en el rostro. A lo lejos, vi de nuevo a Maciá, sentado junto a una atractiva mujer, unos años mayor que él. ¿También le iban las maduras? El joven emprendedor era una caja de sorpresas. Al que sí

eché en falta fue al profesor Casavieja. Ojeé la sala con el fin de encontrar su rostro por alguna parte, pero fue imposible. Había desaparecido o simplemente no se le habría perdido nada allí.

El acto terminó sin incidentes, Hidalgo dio un discurso motivador que fue cobijado por los aplausos de estudiantes y empleados que ocupaban el acto. A la salida del recinto me acerqué a él para darle la enhorabuena. No le importó demasiado que estuviera.

—Supongo que esto es el fin —dije mientras estrechábamos la mano—. Espero que te vaya todo bien, amigo.

—Quédate un rato, anda —contestó—. Tómate una cerveza, aunque sea la última.

Accedí a la petición y me escabullí entre la gente para alcanzar las mesas de los aperitivos y pedir un botellín de cerveza.

—¿Te puedo acompañar? —dijo una voz ronca.

—Hombre, Ortiz —contesté—. Me alegro de verte.

—Tú tampoco conoces a nadie, ¿verdad? —preguntó con gracia—. Se avecinan tiempos extraños, Caballero…

Ortiz agarró otro botellín de cerveza y los chocamos a modo de brindis.

—Por lo que venga.

—Salud —dijo él y dio un largo trago. Su nuez se movía bajo la piel—. Dime una cosa… ¿Cuándo piensas volver a la redacción?

Su pregunta me produjo una pequeña risa.

—Ya te lo dije, Ortiz —contesté—. No creo que vuelva…

—Lo sabía, ya empiezas a dudar —respondió con entusiasmo—. ¿Sabes? He estado moviendo algunos hilos, llevando tu historia bajo el brazo de aquí para allá… Por supuesto, por muy triste que sea, el reportaje llevaba el no por adelantado, aunque ha gustado mucho a los accionistas. Yo que tú la guardaría para

ese libro que quieres escribir, tal vez te sirva de inspiración.

—Muy ingenioso por tu parte —contesté—. Lo tendré en cuenta… ¿Puedo hacerte una pregunta? De tú a tú, fuera del ámbito laboral.

—Dispara, Caballero.

—Se supone que hacemos periodismo, que nuestra responsabilidad y trabajo es contar la verdad —expliqué—. Sin embargo, cuando la tenemos en nuestras manos, no podemos contársela al ciudadano porque interfiere con otros intereses… ¿Qué sentido tiene, entonces?

—Ay…, Caballero —respondió con ese tono paternalista de perro viejo que le otorgaba la experiencia—. Con el tiempo, aprenderás que en este oficio hay que discernir entre lo verídico y lo verosímil… Puedes contar una verdad a los cuatro vientos, pero si no es creíble, nadie te escuchará… Mira todas esas novelas de detectives y policías, hay que joderse… ¿Son creíbles? Por supuesto, pero… ¿Ciertas? Claro que no, pero la gente se las cree, las vive… y eso vende. En estos años, he leído demasiadas historias que jamás verán la luz. Estoy seguro que, si las hubiésemos publicado, tampoco se las habrían creído.

La reflexión de Ortiz no tenía desperdicio. Verdad contra verosimilitud. Dos términos que marcarían el futuro de un periodismo degradado por Internet, los falsos bulos y las noticias basadas en informaciones erróneas.

De pronto, Antonio Maciá se cruzó en nuestro camino. Ortiz le dio un repaso de arriba abajo con la mirada, algo que Maciá ignoró por completo y se dirigió a mí.

—Dichosos los ojos, Caballero —dijo sosteniendo una copa de cava en la mano. La mujer que había a su lado me observaba con una expresión cálida aunque seria. Lucía una cabellera rubia hasta los hombros, ojos claros como dos gemas azules y

bajo el traje de falda y chaqueta azul, un fisico trabajado, que hacía de ella un objeto de deseo..

—Gabriel Caballero —dije ofreciéndole la mano. La mujer aceptó la invitación y observé una sortija con un diamante brillante en el dedo corazón.

—Encantada —respondió ella sin decir su nombre, con un acento foráneo. Aquel misterioso detalle llamó mi atención. La mujer me regaló una sonrisa de carmín que se clavó directo en mi pecho. Su fragancia, tan dulce y delicada, me hizo olvidar a Patricia por un instante.

—Espero no verte en una temporada, Caballero —contestó Maciá terminando con la magia del momento.

—Se marcha sin decirme su nombre —insistí a la mujer. Había caído en sus redes.

Ella sonrió con seguridad.

—Seguro que coincidimos en el futuro, señor Caballero.

La mujer se marchó a ritmo de tacón junto a Maciá. Ortiz y yo observamos sus piernas moviéndose como en un ejercicio artístico.

—¿Conoces a esa mujer? —pregunté a Ortiz.

—En absoluto, aunque no me importaría —contestó—. Esas mujeres juegan en otra división, Caballero.

Lo que Ortiz desconocía era que, para mí, y en el amor, no existían las alturas.

—Por cierto, respecto a lo que te estaba diciendo… —comentó Ortiz echándose un canapé en la boca—, si regresas a la oficina, te ofreceré una subida de salario y libertad para escribir en la sección de sucesos.

—Vaya, eso sí que son noticias —contesté sorprendido. Aquello sí que era un gran chiste—. ¿A qué se debe tanto interés?

Ortiz se ajustó el nudo de la corbata.

—La redacción se encuentra llena de becarios inexpertos sin salario —explicó—. Necesito a alguien que esté a bordo conmigo, por si fallo yo, que no se vaya todo al traste… Antonio, el del archivo, se jubila este año y posiblemente pongamos a otro pardillo de prácticas. Eso nos deja con un salario en el aire y bueno, ya sabes… Los de arriba me han dado el aprobado y hasta que nos salga un Hemingway, creo que podemos ir tirando.

—Un plan muy enriquecedor para la profesión —contesté.

—No seas así, hombre —refunfuñó—. El contenido gratuito de la web nos está llevando a pique, ya conoces lo que compran en papel…

—Sí, no eres tú —dije—. Es complicado ir contra el sistema.

—Bueno, piénsatelo, ¿vale?

Di un trago a la cerveza y guardé las palabras de Ortiz en un cajón de mi mente. Durante las próximas horas, habría mucho por lo que reflexionar.

21

Ramiro Casavieja se encontraba en su despacho poniendo sus pertenencias en una caja, mientras el cóctel de bienvenida al nuevo rector se celebraba en el salón de actos universitario. Casavieja, dubitativo, agarró el teléfono móvil, sacó una tarjeta de visita de Fharma S.A., y marcó el número en su aparato.

—¿Sí? —dijo Antonio Maciá al otro lado. Se escuchaba un bullicio de fondo—. ¿Diga?

Casavieja respiraba con profundidad.

—Antonio Maciá, mi nombre es Ramiro Casavieja —contestó—, hemos coincidido alguna vez…

—¿Casavieja? Un momento, no le escucho bien… —contestó y se escucharon unos pasos. El bullicio se alejó. Maciá había salido al exterior—. Dígame, Casavieja, en estos momentos estoy en medio de un acto…

—Los resultados que Mónica Llopis le había entregado son falsos. Yo tengo las evidencias de que las pruebas han dado positivo y eso lo pone a usted en un aprieto.

—Entiendo… —dijo Maciá—. ¿Y qué podríamos hacer para que todo siguiera su curso?

—Una transferencia al número de cuenta que le haré llegar —dijo el profesor—. Doscientos mil euros.

—Eso es mucho dinero.

El profesor tragó saliva. No esperaba que Maciá le contestara algo así.

—Le prometo que no le pondré en ninguna situación comprometida —dijo con voz tenue—. Conozco todos los tejemanejes que se lleva con la universidad. No tengo ningún interés en meterme en sus asuntos, señor Maciá…

—¿Cómo tendré la certeza de que no volveré a saber de usted? —preguntó con frialdad el emprendedor.

—Descuide, no tengo interés alguno —dijo de nuevo Casavieja—. Sólo velo por mi jubilación.

—Pronto recibirá noticias mías —contestó—. Ahora tengo que dejarle.

22

En ocasiones, el presente se asemeja al tambor de una lavadora, dando vueltas y más vueltas de una forma sistemática y repetitiva. Llegados a un punto, el reloj se pone a cero y el programa termina, la ropa se encuentra limpia pero arrugada y hay que esperar hasta que se seque por completo. Así me sentía yo, como una camisa limpia aunque arrugada por los vaivenes de los últimos días. En mi caso, yo había sido el único al que habían metido dentro del tambor. Hidalgo se había salido con la suya. Ahora era rector, un personaje público que se codeaba con la clase política más alta. A él siempre le habían gustado los restaurantes con vistas al mar, cubierto para el pescado y manteles de tela. Maciá y él olvidarían pronto sus diferencias cuando la maquinaria empezara a generar beneficios que satisfarían las necesidades de ambos. Para mi sorpresa, jamás se supo nada del profesor Casavieja. Había desaparecido del mapa como si la tierra se lo hubiera tragado. ¿Un crimen? ¿Un acto voluntario? Decidí pasar página como él bien me habría asesorado en su vida y no darle la mínima importancia. La única conclusión que saqué de todo aquel mejunje informativo era que todos eran una pandilla de bastardos hijos de perra, sin excepción alguna. Ortiz era un perro viejo que sabía lo que hacía y decía, y no le faltaba razón. A veces, era mejor no

meterse en la parcela del vecino, porque nunca sabías cómo de grandes eran sus problemas.

Con la marcha definitiva de Patricia, tuve que pensar qué hacer con mi vida. El piso era demasiado caro como para mantenerlo con mi sueldo, así que lo abandoné y me mudé una calle más abajo a un apartamento que mi padre se había quedado tras la muerte de una tía suya. Un cuchitril viejo con calendarios descoloridos y manteles de plástico. Adiós al interiorismo de Ikea que tanto le gustaba a Patricia. Adiós a la pulcritud, el orden y la televisión de veinte pulgadas. Adiós a la nevera llena de alimentos innecesarios. Me despedí de todo menos de ella, porque aún quedaba el rencor de un corazón lastimado.

Días después de la investidura, me mudé al apartamento familiar. Sólo tenía que hacerme cargo de los gastos de comunidad y las facturas mensuales. El piso de mi tía conservaba los muebles que había comprado antes de la Transición. No me importaba. Lo único que me interesaba era tener un lugar en el que dormir por las noches y volver a reconciliarme con la vida.

Acepté la oferta que Ortiz me propuso ya que no tenía demasiadas opciones: regresar a la redacción o a casa de mis padres. Me prometí a mí mismo que me convertiría en alguien respetable, un tipo con motivos por los que enorgullecerse y levantar la cabeza bien alta. Les había fallado a todos y me había olvidado de mí mismo.

Pero no todo serían malas rachas, pronto llegaría el mundial de fútbol, un verano curativo en el que cobrarme cada uno de los besos que Patricia me había robado y un sinfín de aventuras que estaban por llegar.

La primera noche que pasé en el apartamento no podía dormir. Subí hasta lo más alto del edificio y abrí la puerta

de la terraza. Estaba oscuro y la gente descansaba en sus casas. El fresco de la noche soplaba entre los tenderetes de ropa de los vecinos. Me acerqué hasta el muro y me apoyé en él. Saqué un cigarrillo arrugado y lo encendí. Desde allí podía ver las luces del castillo de Santa Bárbara, la Plaza de Toros y la iluminación del Mercado Central. Alicante, el San Francisco español a orillas del Mediterráneo. Mis estaciones, el presente, pasado y futuro de mis días.

Me sentí grande por dentro, aliviado, pese a todo lo que había sufrido y sin ser consciente del embrollo de mil demonios en el que estaba a punto de meterme.

Siempre fiel a los golpes que la vida nos regala por sorpresa. Asumí que eran las reglas del juego y, por tanto, no quedaba más remedio que aceptarlas con humildad porque, como bien diría Séneca un día, quien deseara vivir entre justos, que se largara al desierto.

23

La tarde del 3 de junio, el nuevo inspector de la Brigada de Homicidios del cuerpo de Policía Nacional de Alicante cruzaba la puerta del antiguo despacho del difunto Andrés Botella, situado en el edificio de la DGP, en el barrio de Benalúa.

Era un hombre alto, corpulento, de cabello corto y musculos trabajados. El nuevo inspector vestía el traje oficial, camisa blanca y corbata; con la placa en el pecho y las condecoraciones en el lado izquierdo. Se acercó a una caja de cartón que contenía sus pertenencias. Sacó un portarretratos con la fotografía de una mujer rubia con el pelo rizado , que abrazaba a un niño. Lo puso sobre el escritorio.

Pasó el dedo índice por uno de los muebles y comprobó la capa de polvo que lo cubría.

Una mujer policía apareció por la puerta. El hombre se giró.

—Inspector Rojo, bienvenido —dijo ella con una sonrisa cálida—. ¿Puedo hacer algo por usted?

El hombre se quedó pensativo.

—Sí, claro —contestó—. ¿Sería posible tener la prensa de hoy?

—Por supuesto —respondió ella con curiosidad. Desapareció por unos instantes y segundos después regresó con un ejemplar de Las Provincias—. Aquí tiene.

El inspector se lo agradeció verbalmente y abrió el diario por la mitad. Como un ave de caza, observó los titulares pasando las páginas hasta que dio con la sección de sucesos. En lo alto de la página había una fotografía en blanco y negro de Gabriel Caballero.

—Caballero… —murmuró. Sacó un bolígrafo del bolsillo de su camisa y escribió el nombre sobre un papel—. Por fin te pongo cara.

El inspector observó de nuevo el rostro, cerró las páginas y dejó el diario sobre el escritorio.

¿Te ha gustado?

Miles de lectores han viajado por el Mediterráneo con Caballero…

Jamás debió descolgar ese teléfono.
Ahora su libertad tiene los días contados.

Una mañana de verano, el periodista Gabriel Caballero recibe una llamada anónima que lo convierte en cómplice de un crimen. Su vida está en peligro y debe luchar para demostrar su inocencia mientras se enfrenta a una acusación de asesinato y una reportera que hará todo lo posible para destruirlo.

¿Será capaz de hallar al verdadero asesino antes de que sea tarde?

Deberá encontrar al culpable para demostrar su inocencia…

LEER LA ISLA DEL SILENCIO

Sumérgete HOY en esta historia y no esperes más

Algunos usuarios han dicho de Caballero:

★★★★★ Toda una trama donde el suspenso está en todo momento.

★★★★★ Buena intriga! Me leí este libro como en 3 horas , te mantiene en suspenso toda la lectura, es algo como para no parar de leer, me gusta mucho cómo este autor hila los

personajes y los hechos, es como ver una película en el cine!

★★★★★ Me encantó esta historia, mantuvo mi interés constante, siempre queriendo saber quién era el asesino.

★★★★★ Llena de vibrante acción y suspense. Es de esas que enganchan desde el principio y deseas terminarla rápido.

★★★★★ Engancha desde el principio y creo que es por el personaje principal tan bien desarrollado. La historia merece la pena: actual e intrigante. Muy recomendable.

★★★★★ Me ha encantado. Es un libro sumamente entretenido, de lectura ágil, políticamente incorrecto y que consigue hacer del tópico una gran virtud.

★★★★★ Muy buena novela que te mantiene pegado al libro electrónico hasta acabarla.

Me he comprado toda la serie y me parece fantástica. Muy bien escrita.

Sobre el autor

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com
Página web: elescritorfantasma.com
Instagram: @elescritorfantasma
Facebook: facebook.com/elescritorfant

Otros libros de Pablo Poveda
Serie Gabriel Caballero

Caballero
La Isla del Silencio
La Maldición del Cangrejo
La Noche del Fuego
Los Crímenes del Misteri
Medianoche en Lisboa
El Doble
La Idea del Millón
La Dama del Museo
Los Cuatro Sellos
El Último Adiós
Muerte en el Mediterráneo
El arte del engaño

Pack Trilogía 1-3 (Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo)

Pack Trilogía 4-6 (La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa)

Pack Trilogía 7-9 (El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo)

Serie Don

Odio
Don
Miedo
Furia
Silencio
Rescate
Invisible
Origen
Pack Trilogía 1-3 (Odio, Don, Miedo)

Pack Trilogía 4-6 (Furia, Silencio, Rescate)
Pack SERIE COMPLETA (8 libros)

Serie Dana Laine
Falsa Identidad
Asalto Internacional
Matar o Morir
Fuego Cruzado
Pack Trilogía 1-3 (Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir)

Serie Rojo
Rojo
Traición
Venganza
Desparecido
Secuestrada
El trabajo del Diablo
Pack Rojo 1-3 (Rojo, Traición, Venganza)

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)
Una Mentira Letal
Una Apuesta Mortal
Un Crimen Brillante
El Caso del Tarot
Una Amistad Peligrosa
El asesinato del casino
Pack novelas 1-3

Trilogía El Profesor
El Profesor

El Aprendiz
El Maestro
Pack trilogía El Profesor

Otros:

El secreto de la señora Avignon
¿Quién mató a Laura Coves?
El misterio de la familia Fonseca
Perseguido
Motel Malibu
Sangre de Pepperoni
La Chica de las canciones
El Círculo